

El concepto de ciencias sociales: un análisis bibliográfico

Luis Carlos Ortiz Vásquez

En el marco del Seminario de investigación y tesis del Doctorado Interinstitucional en Educación, surge la necesidad de indagar sobre cuáles son los significados, los sentidos, las visiones y los contenidos del concepto de Ciencias sociales.

En el seminario realizamos la lectura y discusión del libro *Histoire science sociale* de Pierre Chaunu, cuyo título expresa una clara toma de posición frente al debate de incluir la Historia en el campo de las Ciencias sociales, deslindándola de las Humanidades y, aún se podría pensar, de las Ciencias humanas. Sin embargo, observamos que desde el prólogo el autor utiliza expresiones en las cuales se refiere a la Historia como una de las ciencias humanas o ciencias del hombre (Chaunu, 1974, pp. 13-15). Surge así el interrogante, sobre si dichos conceptos son similares e intercambiables, tal como aparecen en este texto y en muchos otros. Entonces, los términos aparecen como si fueran sinónimos y, generalmente, los autores no hacen explícita las razones de la selección de uno o de varios conceptos para un caso determinado.

Cuando iniciamos el seminario, tenía y sigo teniendo una posición sobre la concepción de la historia-conocimiento, que está basada en la propuesta teórica de la *historia total* en el sentido planteado por Pierre Vilar (Ortiz, 2006, pp. 189–205). Sobre la concepción de las Ciencias sociales, considero que la propuesta de una Ciencia social –utilizando el concepto en singular– o Ciencia de la sociedad¹, en la perspectiva trazada por el marxismo, tiene el valor de darle un peso a la realidad social entendiendo su complejidad e integralidad en el proceso del conocimiento. Y –aun cuando pueda parecer contradictorio– considero necesario subrayar el papel determinante del sujeto cognoscente en dicho proceso, bien sea en el campo de las llamadas “ciencias duras”, “puras” o “exactas”, como en el de las ciencias naturales y las ciencias sociales.

Desde una perspectiva epistemológica, Jean-Michel Berthelot plantea la pertinencia de la cuestión y formula algunos de los interrogantes que permi-

1 Cerroni, U. (1977). *Introducción a la ciencia de la sociedad*. Traducido del italiano por Domènec Bergadà. El título original es *Introduzione alla scienza sociale*. El traductor hace equivalente ciencia social y ciencia de la sociedad. En el texto Cerroni utiliza las expresiones de ciencia social, ciencia social integral, ciencia de la sociedad, ciencia causal de la sociedad, ciencia unitaria de la sociedad y, aún, ciencia social unitaria e integrada. Las expresiones tanto en italiano como en castellano son utilizadas en singular.

ten tratar de abordarla y, al mismo tiempo, genera nuevas perspectivas para la reflexión sobre la temática planteada:

Las ciencias sociales constituyen aquí nuestro problema. [...] Detrás de la modestia del proyecto analítico se disimula la consciencia de las dificultades de su ejecución: ¿Qué entender exactamente por “ciencias sociales”? ¿Cuáles disciplinas seleccionar o excluir? ¿Qué entender por “epistemología de las ciencias sociales”? ¿Sería posible deducir una orientación común de análisis capaz de responder a la dispersión de las especificidades disciplinarias? ¿Cómo controlar las diversidades de escuelas, de interpretaciones y de puntos de vista? (Berthelot, 2001, pp. 2-3)².

De otra parte, es pertinente recordar a Pablo González Casanova, quien refiriéndose a la situación actual de las ciencias sociales, pero también incluyendo a las humanidades como si conformaran un conjunto integral, y sobre todo, teniendo en cuenta la perspectiva social propia de estos conocimientos, señala:

La actual reestructuración de conceptos en ciencias y humanidades plantea problemas de congruencia y rigor, que no son meros ejercicios académicos. La inconsecuencia con los resultados de esta reestructuración afecta la vida académica y la acción política (González, 2002, p. 3).

Fernando Vidal, haciendo referencia a la significación que en la conformación de la ciencia moderna tienen la “ciencia del hombre” y la “ciencia social” –en singular y entre comillas, porque el sentido de dichas expresiones es particular en el siglo XVIII y comienzos del siglo XIX– realiza un balance puntual de los textos franceses que atañan al papel mencionado pero, también, a la cuestión conceptual:

*En suma, a pesar de las advertencias, la historia es concebida en función de las categorías actuales, y hecha a partir de ellas. Es así como procede una “antología de las ciencias del hombre” que sinonimiza [neologismo ilustrativo] “ciencias del hombre”, “ciencias humanas” y “ciencias sociales” (siempre en plural) antes de ofrecer un recorrido panorámico de Plótino [siglo III] a la segunda mitad del siglo XX (Filloux y Maisonneuve, 1991, 2v.). En cuanto a los retos sobre los cuales trata la revista *Sciences humaines* en febrero de 1993, no se plantea la cuestión de la ciencia integrada, la cual no hace parte ni de los “clivajes decisivos” ni de las “cuestiones fundadoras”. Aunque considerablemente más sensible a la historicidad y a los peligros de definiciones retrospectivas, la situación se reproduce en el volumen*

2 Para Berthelot, la idea de control es sinónimo de verificación.

colectivo Les débuts des sciences de l'homme [sic, aparece como título de libro] (Lécuyer y Matalon, 1992). En verdad es difícil y, aún inútil, asignarle definiciones tan distintas a unos términos cuyo uso se comprueba variable; y sería injusto de criticar a los autores de las obras mencionadas por no haber tratado el problema que nos interesa. Se trata únicamente de constatar que los conceptos de "ciencia social" o de "ciencia del hombre" en singular no desempeñan ningún papel en el devenir histórico presentado por ellos sobre las ciencias del hombre (Vidal, 1999, p. 62).

El autor liga la cuestión conceptual con el desarrollo histórico en la conformación de una propuesta científica y socio-política, encarnada bajo el concepto "ciencia del hombre" y con las diferencias en los proyectos de constitución de las ciencias del hombre, resaltando la ruptura epistemológica existente entre los dos procesos y, de esta manera, subrayando cómo el uso de cada concepto designa perspectivas teóricas específicas y propuestas socio-políticas divergentes o, por lo menos, diferentes.

Sostenemos que detrás de cada expresión designando un conjunto de conocimientos, disciplinas y/o ciencias, existe –de manera implícita o explícita– una concepción teórica, epistemológica, metodológica y de proyecto social, lo cual exige una utilización diferenciada y rigurosa de cada una de las expresiones por ser verdaderos conceptos ligados a visiones del mundo y de la sociedad.

Las lecturas realizadas permiten observar que la cuestión no se puede limitar a dar una definición, sino que también existe una problemática socio-histórica en lo que respecta a la actividad intelectual de mujeres y hombres en períodos concretos. A partir de este primer interrogante se plantean otros puntos, como por ejemplo: ¿cuál es la relación del concepto de ciencias sociales con conceptos tales como ciencia social, ciencias de la sociedad, ciencia del hombre, ciencias del hombre, ciencias humanas, las humanidades, entre otros? ¿Cuáles son las ciencias, las disciplinas y los saberes que, a través del tiempo, constituyen a las ciencias sociales y cómo se interrelacionan entre sí y con otros campos del conocimiento? ¿Cuáles son los cuestionamientos y desafíos actuales de las diferentes concepciones –pero con una matriz común– que nos permiten hablar de ciencias sociales? Sobre estos interrogantes vamos a reflexionar a partir de la lectura analítica de una variedad de textos de filosofía, epistemología e historia de las ciencias, especialmente las ciencias sociales: artículos, compilaciones, libros, tesis, revistas, diccionarios y enciclopedias especializadas publicadas en inglés, italiano, castellano y francés. La mayoría de la bibliografía es francesa porque tengo familiaridad con su literatura teórica e histórica, y –sobre todo– como lo señala el sociólogo holandés Johan Heilbron en *Naissance*

de la sociologie, existen unas “singularidades de la evolución francesa [...]”. Las contribuciones francesas han jugado un rol pionero en la génesis de la sociología” (2006, p. 23). A lo cual, podemos añadir que ese rol también se presenta en la disciplina histórica y en diversas teorías sobre el mundo social. Así, en ello se reúnen intereses subjetivos y condiciones objetivas del desarrollo histórico de la academia y de la actividad científica.

Acerca de las clasificaciones de las ciencias

El análisis bibliográfico comienza naturalmente por la consulta en los diccionarios enciclopédicos dedicados de manera particular a las ciencias sociales, a las ciencias humanas, a la filosofía, a la epistemología y a ciertas ciencias o disciplinas específicas, principalmente la sociología. Aquí no vamos a plantear la cuestión sobre si las ciencias sociales son verdaderas ciencias –debate teórico y epistemológico– ni de la sociología de las ciencias con respecto a la pretendida jerarquización de los saberes y conocimientos científicos. Sin embargo, los lectores podrán constatar que la cuestión no está completamente ausente porque en varias citas ella aparece señalada.

En este tipo de diccionarios, la tendencia es a reflexionar sobre los conceptos enmarcados en diferentes teorías y propuestas metodológicas. Nuestro propósito es similar y podríamos decir que al abordar un solo concepto central y una serie de conceptos próximos, podemos subrayar la diversidad de interpretaciones a través del tiempo y del espacio de este conjunto conceptual. Por ello:

Sería temerario [...] pretender aportar una definición precisa de los términos comúnmente utilizados: lo definido no debe ser confundido, por el solo hecho de proponer algunas referencias semánticas, con lo definitivo aún en el caso remoto que ésta noción pueda tener su espacio en cualquiera tentativa científica. Toda definición de inspiración estrechamente normativa se choca necesariamente con el hecho histórico concreto y si se quiere imponerla, ello tendría como único resultado limitar un diccionario, en principio impersonal y objetivo, a una serie de interpretaciones escolares (Thinès y Lempereur, 1984, p. 20).

Aun cuando diferimos de la idea de calificar un diccionario como “impersonal y objetivo”, nos parece importante retener el planteamiento sobre la historicidad de las palabras y de los conceptos.

En la mayoría de enciclopedias consultadas el concepto de ciencia –sin ningún calificativo– aparece como entrada. Con menor frecuencia apare-

ce el de disciplina. En el primer caso, se inicia presentando la etimología latina: ciencia es sinónimo de saber. Esta definición nos plantea en sí una dificultad, porque hoy en día la tendencia es a considerar diferente el saber y la ciencia. Para llegar a las diversas acepciones que el término posee, es necesario considerar el concepto en su historicidad y tener en cuenta las visiones teóricas a partir de las cuales se enuncian los diferentes significados. Además, es necesario ir más allá de la palabra para establecer su significación en un contexto determinado y teniendo en cuenta que el tiempo histórico no es lineal y, por lo tanto, que detrás de una misma expresión pueden existir rupturas esenciales teórica y epistemológicamente.

Una diferencia importante es la utilización del concepto en singular o en plural. Hasta la Edad Media la utilización más corriente era el uso del concepto en singular, dándole un sentido fuerte a la expresión. Sin embargo, con anterioridad ya algunos pensadores –como Aristóteles– utilizan la expresión en un sentido amplio e insisten en la diversidad de ciencias. Esta tendencia es marginal. Por el contrario, lo propio de la época moderna es la utilización del concepto en plural, subrayando los elementos disímiles en relación tanto con el objeto como con el método específico de cada una de las ciencias (Ferrater, 2001, 1 v.).

Con la concepción y existencia de la diversidad de ciencias, se plantea su clasificación y jerarquización. Existen a través de diferentes períodos varias propuestas de clasificación, pero ello se genera a partir de la época moderna:

En un sentido estricto, la clasificación de las ciencias es un tema específicamente moderno, pues solamente apareció al reconocerse lo que se ha llamado la “independencia de las ciencias particulares con respecto a la filosofía”. En un sentido amplio, sin embargo, la clasificación de las ciencias es análoga a la clasificación de los saberes y a las subdivisiones de la filosofía frecuentemente discutidas por los filósofos antiguos y medievales (2001, 1 v., p. 553)

Las diversas propuestas de clasificación modernas se pueden sistematizar según su objeto (ciencias de la naturaleza, ciencias humanas, ciencias sociales, ciencias lógico-formales, ciencias del espíritu), según su método (ciencias nomotéticas, ciencias idiográficas, ciencias especulativas, ciencias experimentales, ciencias de la observación, ciencias de la explicación, ciencias de la comprensión) y según su función (ciencias fundamentales y ciencias aplicadas) (Ferrater y Nadeau, 1999). En la actividad científica propiamente dicha, los lazos y los préstamos entre unas y otras ciencias son permanentes y profundos. La distinción entre las ciencias y los grupos en los cuales se clasifican dista entonces de ser infranqueable, pero aparece

acentuada en la actividad social de las ciencias y en la actividad académica. En el caso de la educación francesa, existe una clara separación entre las Letras y las Ciencias, lo cual se traduce en la organización institucional de los estudios superiores. En realidad, ella no es exclusiva de la institucionalidad francesa, porque la organización fue tomada de las propuestas de la Academia de Berlín. Dicha separación –para sus defensores– se basaría en la diferencia existente entre la subjetividad humana y la objetividad de la naturaleza. Habría que anotar –aun cuando parezca obvio– que nosotros los humanos hacemos parte de la naturaleza (Aróstegui, 1995, p. 155) –es cierto que existen ciencias y disciplinas que estudian al ser humano de manera dicotómica, bien sea como ser vivo o ser social– y, sobre todo, que la ciencia o las ciencias son el resultado de las actividades de los hombres en sociedad.

La separación entre los grupos de ciencias es permeable porque se comparan diferentes tipos de ciencias. Así, en epistemología tienden a distinguir entre las ciencias formales –clasificadas según su objeto– y las ciencias empíricas –clasificadas por su método experimental o por la observación–. Las primeras se caracterizarían por ser analíticas y *a priori*, mientras que las segundas serían sintéticas y *a posteriori*. Pero la separación tajante entre análisis y síntesis es puesta en cuestión por autores como Willard Quine, para quien entre los dos enunciados hay una relación de continuidad (Nadeau, 1999, pp. 628–629, 636). En cuanto a las ciencias sociales, en la clasificación según el método utilizado, podemos encontrar que unas son catalogadas como idiográficas, especialmente la historia –aun cuando es pertinente preguntarse por cuál tipo de historia– y otras como nomotéticas. En las ciencias de la observación encontramos ciencias naturales, como la botánica, y ciencias sociales como la geografía y la etnología. Es decir que las ciencias sociales, así como las ciencias humanas –caracterizadas por su objeto– aparecen ubicadas de forma diversa en las clasificaciones según el método y la función. Aún, es posible señalar que en el conjunto de una ciencia, hay áreas de la misma que se pueden ubicar en diferentes clasificaciones. Así, en el caso de la psicología, ciertos estudios se reclaman de las ciencias naturales, otros de las ciencias humanas y otros más de las ciencias sociales, como es el caso de algunas corrientes de la psicología social. Con ello queremos indicar que una ciencia o algunas áreas de la misma son catalogadas según las perspectivas planteadas por una corriente de pensamiento. Por ejemplo, los biólogos evolucionistas plantean que sus trabajos hacen parte de las ciencias sociales (Bourdieu, 1997).

Aun cuando ya las mencionamos, en las clasificaciones anteriormente señaladas no aparece ninguna en la cual se catalogue a las ciencias con los calificativos de puras, duras y exactas. Dichas expresiones marcan la

pretensión de dar un posicionamiento jerárquico y una búsqueda –por parte de sus promulgadores– de privilegios individuales e institucionales. Sin embargo, la pretensión no llega a calificar explícitamente a otros grupos de ciencias como impuras, blandas e inexactas, pero ello se sobreentiende. Pierre Bourdieu se subleva contra esta visión, sin dejar de señalar las dificultades en las cuales se encuentran las ciencias sociales:

Dicho de otra manera, es necesario salir de la alternativa de la “ciencia pura”, totalmente emancipada de toda necesidad social, y de la “ciencia sierva”, obligada a responder a todas las imposiciones político-económicas. El campo científico es un mundo social y en tanto que tal, él ejerce coacciones, pedidos, etc., pero que son relativamente independientes de las coacciones del mundo social global englobante. De hecho, las coerciones externas, de cualquier tipo que sean, solamente se ejercen por intermedio del campo, y mediatizadas por la lógica del campo mismo. Una de las manifestaciones más visibles de la autonomía de un campo es su capacidad a refractar, mediante la reinterpretación bajo una forma específica [y aceptable] de las coacciones y pedidos externos. [...]

Digamos que entre más un campo es autónomo, más su poder de refracción es potente, mayor es su capacidad de transfigurar las coerciones externas hasta tal punto de convertirlas en perfectamente irreconocibles. El grado de autonomía de un campo tiene como indicador principal su poder de refracción, de reinterpretación. Inversamente, la heteronomía de un campo se manifiesta esencialmente en el hecho de que los problemas externos, prioritariamente los problemas políticos, lo influyen directamente. Hay que decir que la “politización” de una disciplina no es el índice de una gran autonomía. Y, una de las mayores dificultades que encuentran las ciencias sociales para acceder a su autonomía es el hecho de que gente poco competente, desde el punto de vista de las normas específicas, puedan siempre intervenir a nombre de principios heterogéneos sin ser inmediatamente descalificados.

Si Ud. trata hoy en día de decirles a los biólogos que uno de sus descubrimientos es de izquierda o de derecha, católico o no católico, Ud. va a generar una franca hilaridad, pero ello no fue siempre así en el pasado. En sociología, Ud. puede aún decir este tipo de cosas. En economía, eso puede evidentemente decirse, aún si los economistas se esfuerzan por hacernos creer que ello ya no es más posible (1997, pp. 15-16).

La concepción de campo científico nos muestra que en él se manifiestan tanto fuerzas internas como externas en constante lucha. El peso de cada una de esas fuerzas indica la capacidad de autonomía de cada ciencia.

Dicha capacidad no es eterna ni permanente sino histórica, o sea que ella evoluciona o involuciona a través del tiempo.

El debate teórico y epistemológico sobre los elementos comunes que nos permiten concebir y delimitar un grupo de conocimientos para denominarlos como ciencias, y sobre la manera de clasificarlos, es permanente y contrapone diferentes concepciones del mundo, del pensamiento y del conocimiento. Tomando las clasificaciones en su conjunto y como afirma Ferrater en el *Diccionario de filosofía*, se puede establecer que:

Un rasgo común a todas las clasificaciones de las ciencias es su caducidad. Ello es comprensible: las ciencias están continuamente en formación; ciertos territorios límites dan lugar con frecuencia a ciencias nuevas; ciertas ciencias pueden insertarse en dos o más casilleros, etcétera. Ahora bien, tales inconvenientes no significan que las clasificaciones en cuestión sean inútiles; representan esfuerzos para sistematizar y ordenar cuerpos dispersos de conocimiento, y pueden aceptarse siempre que quienes las propongan tengan presentes dos límites inevitables: el primero es su inagotabilidad; el segundo, su provisionalidad (Ferrater, 2001, p. 556).

Además, como en el caso de las ciencias sociales en su relación con las ciencias humanas, desde una perspectiva externa, sus clasificaciones y contenidos varían según tradiciones académicas y la concepción predominante en el devenir histórico-social de los debates científicos y académicos.

Visiones de las ciencias y concepciones lexicográficas

Los contenidos de los diccionarios especializados consultados muestran que cada uno de ellos dista de ser un texto “impersonal y objetivo”. Nuestra posición es bastante crítica con respecto a las posiciones de relativismo absoluto, en el cual “todo se vale” y por medio del cual se equiparán actividades humanas de variada naturaleza con la actividad de los profesionales con conocimientos de la realidad social, humana y natural. Al mismo tiempo somos críticos de las posiciones que proclaman que en algunas de las actividades del conocimiento se puede alcanzar –dada las cualidades del objeto de conocimiento– la objetividad y la verdad absoluta. Los conocimientos, la(s) ciencia(s) y las disciplinas son fenómenos socio-históricos en los cuales el papel del sujeto cognoscente, inmerso en su contexto, es fundamental. Retomando la posición epistemológica de Adam Schaff, el conocimiento alcanzado es de mayor veracidad y certitud cuando el sujeto cognoscente profesional hace explícita su cosmovisión y su concepción teórica con respecto a la cuestión analizada (Schaff, 1998). Las enciclope-

días y diccionarios no son una excepción a la regla. La escogencia de las entradas, los términos y conceptos, y sus significados, tienen implícita o explícitamente la orientación teórica y conceptual del autor o de los autores de la obra. Esta característica de los textos es un fenómeno normal. Lo criticable es no hacer explícita a los lectores la posición desde la cual se habla y se escribe. Así, por ejemplo, en una de las últimas obras de este tipo editadas en francés (Mesure y Savidan, 2006), los directores de la publicación explican que el proyecto plantea realizar una obra de referencia de carácter pluralista pero que al mismo tiempo “toma sus distancias con el fantasma de la neutralidad”. Frente a lo que ellos consideran la “nueva edad de las ciencias humanas”, en la cual los grandes sistemas y paradigmas de explicación del mundo han periclitado, ellos sustentan:

Sobre este punto [la desaparición de la influencia de los grandes paradigmas], las ciencias humanas han verdaderamente realizado su revolución copernicana. Si ellas pueden aún referirse a esos marcos teóricos, ellas no los erigen nunca más como dogmas soberanos. Ahora, ellas son más abiertas, más serenas y, por lo tanto, más eficaces. Desde esa perspectivas, ellas participan de esa dinámica reflexiva característica de nuestra modernidad, dinámica que ellas contribuyen igualmente a reforzar y haciéndonos, de manera ininterrumpida, más inteligibles a nosotros mismos. De otra parte, en un mundo en plena transformación, trabajado cada vez más, por la lógica del individualismo democrático, ellas dan constancia que es al individuo a quien hay que tomar en serio, ese autor ciertamente inmerso en contextos sociales e históricos que lo limitan y lo coaccionan, pero es de él de quien se trata de captar el sentido de su acción. Más que nunca, ellas ameritan ese calificativo de “ciencias del hombre”, del cual ellas no deben sino enorgullecerse (Mesure y Savidan, 2006, pp. 8-9).

En el texto citado, los autores hacen referencia circunscrita a las ciencias humanas, obviamente. Sin embargo, ellos equiparan los conceptos ciencias del hombre y ciencias humanas. Además mantienen una coherencia en la utilización de la expresión, lo cual es relativamente raro en los textos consultados, en los cuales es frecuente utilizar de manera intercambiable las expresiones ciencias humanas y ciencias sociales. Es más, en el texto se enuncia la razón de ser de la expresión ciencias humanas. Y de manera implícita se marca la diferencia con las ciencias sociales. Sobre este tema volveremos más adelante.

Sobre todo nos interesa señalar lo relativo a la toma explícita de posiciones teóricas. Los directores señalan claramente su concepción teórica, el individualismo democrático. Sorprendentemente, se puede deducir que para ellos este paradigma no es catalogado como un gran relato. Aquí tenemos una de las argucias del debate académico. De igual manera, los

directores subrayan su rechazo a la falsa neutralidad y su apertura pluralista; propuesta con la cual lo menos que uno puede estar es de acuerdo. El conjunto de entradas del *Dictionnaire* comprende tres grandes grupos: artículos metodológicos y epistemológicos; presentación de las grandes escuelas actuales; y, notas sobre los autores referenciados hoy en día por los investigadores en ciencias humanas. La selección está enunciada claramente; la cuestión que surge es si ella ha sido llevada a la práctica. Veamos el caso de los autores que aparecen mencionados en el texto. La mayoría de ellos son autores de la academia francesa, pero están también reseñados otros autores del mundo cultural Occidental, particularmente anglosajones. Todo lector de diccionarios busca, entre otros, los temas que le interesan desde su cosmovisión y los autores con los cuales tiene afinidades teóricas. Nosotros encontramos varios de los autores con los cuales encontramos afinidades de tipo teórico, metodológico y/o temático (Walter Benjamin, Marc Bloch, Pierre Bourdieu, Noam Chomsky, Georges Duby, Karl Marx, Yves Lacoste, Michèle Perrot, Madeleine Rebérioux, Jean-Pierre Vernant, Pierre Vidal-Naquet, Michel Vovelle, entre otros). Pero igualmente pudimos constatar ausencias que nos llaman la atención. No aparecen, en el ámbito de la geografía, David Harvey y Henry Lefebvre; en el campo de la historia-disciplina, Pierre Vilar, Josep Fontana, Eric Hobsbawm, Edward P. Thompson y Raymond Williams. No aparece Immanuel Wallerstein como autor repertoriado, pero sí como autor de un texto sobre Fernand Braudel. Aclaremos que hay varios pensadores que aparecen reseñados e igualmente como autores de textos, lo cual es lógico si se trata de ver las concepciones teóricas de influencia en la actualidad.

De los ausentes que yo menciono, salvo Fontana, todos los autores son franceses o anglosajones; o sea, que se encuentran en los grupos a los cuales pertenecen la mayoría de autores repertoriados; no hago mención de pensadores de otras áreas culturales intencionalmente. Estos autores desarrollan o desarrollaron su actividad en las áreas de la geografía y la historia, disciplinas que en el *Dictionnaire* aparecen como parte de las ciencias humanas. Sin embargo, puede existir la posibilidad de que estos autores no se encuentren en el grupo de pensadores referenciados por los investigadores en ciencias humanas, condición de base de la escogencia. Tomemos este enunciado como una hipótesis y confrontémoslo con la realidad existente en el campo de la actividad investigativa. Así –en el ámbito de la geografía– de una parte, los trabajos de David Harvey sobre los efectos de los cambios en los sistemas de producción industrial en la utilización y las dimensiones del espacio-tiempo, y de otra, la teoría de Henry Lefebvre sobre la producción social del espacio, tienen hoy en día una marcada influencia en los trabajos de investigación geográfica (Ortega, J., 2000 y Nogué, J., 2001). La influencia del historiador francés Pierre Vilar en los círculos académicos

del Estado español –particularmente en las regiones de la nación catalana– y de Iberoamérica, data de varios decenios y aun hoy en día se mantiene (Cohen, Congost y Luna, 2006); del historiador catalán Josep Fontana podemos señalar igualmente la importancia de sus trabajos historiográficos y su influencia en el área iberoamericana. Eric Hobsbawm es tal vez el historiador con mayor acceso a los medios de información internacionales, y las múltiples ediciones de su libro *Historia del siglo XX* en diferentes idiomas, muestran una influencia que va más allá de los círculos académicos mundiales (Hobsbawm, 1994). En el caso de Vilar y Hobsbawm, es probable que los directores del *Dictionnaire* hayan sido influenciados por la reticencia de las editoriales francesas para publicar los últimos libros de estos dos historiadores. Solo después de unos debates académico-políticos (Anderson, 2005), se publicó la versión francesa del libro de Hobsbawm; sin embargo, el texto original en francés de *Pensar históricamente. Reflexiones y recuerdos* (1997) de Vilar espera aún su publicación. En el caso de Eric Hobsbawm es legítimo plantearse la cuestión sobre si su libro *best seller* ha generado un impacto en la investigación. Pero sus textos sobre el nacionalismo y la tradición sirven de referencia actual en los trabajos al respecto. Su texto sobre la rebeldía orienta los trabajos referidos a la historia de las mafias y, particularmente, a la violencia en el caso colombiano. Estos tres textos han sido editados o reeditados en castellano en el último decenio, como muestra de su difusión actual (Hobsawm, 1997, 2001, 2002). Edward P. Thompson es una referencia obligada en el campo de las investigaciones de historia social, aun cuando esta área ha perdido la centralidad teórica y de producción bibliográfica alcanzada durante varios decenios del siglo XX. Además, Edward P. Thompson y Raymond Williams se encuentran dentro de los precursores de los estudios culturales, concepción teórica que actualmente tiene un importante desarrollo en la investigación, no solo en Occidente sino mucho más allá.

Este somero diálogo entre hipótesis y datos empíricos –a la manera metodológica recomendada por Thompson– nos permite ratificar la sorpresa por las ausencias señaladas. Los autores que acabamos de mencionar –como ausentes– tienen una relación con el marxismo. No podemos decir que planteen posiciones unificadas, pero los elementos esenciales de sus obras están ligados de diversas maneras con las posiciones teóricas de los marxismos. Por ejemplo, las concepciones sobre el fenómeno nacional de Hobsbawm y de Vilar difieren bastante, aun, se puede decir que se contraponen. En cuanto a las escuelas de pensamiento, otro de los grupos temáticos del *Dictionnaire*, es importante señalar que aparecen entradas –con toda razón– para Ferdinand de Saussure, Claude Levi Strauss y el estructuralismo; para Bronislaw Malinowsky, Robert Merton, Talcott Parson, Alfred Radcliffe-Brown y el funcionalismo; para Sigmund Freud y el freudismo; para Karl

Marx, pero no para el marxismo ni –eventualmente– para el materialismo dialéctico e histórico; pero sí aparecen entradas para la social-democracia y el socialismo. Parecería que no habría igualdad en la llamada desaparición de los grandes paradigmas. No estamos quejándonos de estas ausencias pero sí las estamos constatando; y planteamos que, si bien los directores denuncian justamente las falsas neutralidades, no llegan a alcanzar una posición ampliamente pluralista. Más allá de estas constataciones, la obra de Mesure y Savidan tiene una posición teórica no solamente explícita sino también propia del campo de las ciencias humanas. Ello, nos permite señalar que en este tipo de obras, para algunos “objetivas”, existen posiciones teóricas y metodológicas que generalmente, no como en el caso del *Dictionnaire*, aparecen solo de manera implícita y, aun, planteando un pretendido “objetivismo”.

En la mayoría de los diccionarios especializados, la posición teórica predominante se puede caracterizar como de cientificismo epistemológico, “concepción según la cual las ciencias físicas ofrecen el único modelo válido de método que debe regir para la biología y aun para las ciencias humanas” (Morfaux, 1980-1999, p. 325). Un ejemplo de esta concepción lo podemos observar en los ya mencionados autores Thinès y Lempereur, quienes proponen hacer una obra “impersonal y objetiva”, la cual comienzan señalando:

La delimitación precisa de los dominios ubicados actualmente bajo la denominación de ciencias humanas todavía genera problemas. De conformidad con ello se podría poner en causa el título mismo de una obra general que tiene por objetivo codificar el vocabulario utilizado en ese sector del conocimiento. Ese tipo de objeciones se fundamenta en la concepción normativa que uno tiene sobre la extensión teórica de esas ciencias.

El uso común adoptado espontáneamente utiliza el plural para calificarlas. Pero, no parecería que “las ciencias humanas” designen una realidad comparable, aun sobre el plano de la definición, a aquellas que engloban, por ejemplo, las expresiones de las “ciencias físicas” o “las ciencias biológicas”. En estos dos últimos casos, para no hablar sino de ellos, la unidad de dominio es obvia: a pesar de sus diferencias específicas, los problemas y los métodos de la física y la biología se enraízan en una realidad común, porque el observador es necesariamente distinto del fenómeno que está estudiando. Los análisis epistemológicos muy diversos del concepto de objetividad manifiestan sobre ese aspecto una significativa convergencia (Thinès y Lempereur, 1984, p. 19).

El proyecto de objetividad también es compartido por Louis-Marie Morfaux, quien subraya la vaguedad del lenguaje filosófico:

Se ve que las dificultades para redactar un vocabulario coherente, partiendo de datos lingüísticos de tan variada naturaleza, son extremas. En efecto, en las ciencias llamadas exactas, el sentido de los términos es fijado por acuerdos universales entre los doctos, sea que ellos mismos asignen una significación única a ciertas palabras del lenguaje corriente [...] sea que ellos fabriquen completamente vocablos que no son utilizados en el lenguaje común sino por sus primeras definiciones [...] eliminando con estos procedimientos el equívoco congénito del habla ordinaria, la cual si bien hace la riqueza de la expresión literaria, sería para ellas una fuente de confusión. Ahora bien, si las ciencias humanas se esfuerzan permanentemente para alcanzar una objetividad similar, ellas están todavía muy lejos y en cada una de ellas reinan diferentes doctrinas y escuelas. Particularmente, los investigadores se dividen entre aquellos quienes, tomando como modelo las ciencias experimentales, imitan sus métodos, y aquellos quienes rechazan la abstracción del sujeto y de sus actos en el desarrollo de su disciplina (Morfaux, 1980-1999, p. 3).

Quien hace abstracción de la realidad y de la historia de las ciencias es el autor. En cualquiera de ellas, aun en las llamadas ciencias exactas, los actos de los sujetos son esenciales para llegar a acuerdos para fabricar vocablos, experimentar o crear escuelas y doctrinas. Es cierto que en las ciencias sociales y en las ciencias humanas la utilización del lenguaje requiere de la elaboración de un marco conceptual preciso y explícito, que permita la lectura y la comprensión tanto de las investigaciones como de los textos. Además, la situación se agrava porque, como lo señala Bourdieu en el texto arriba citado, hay personas que abusivamente toman la vocería de una ciencia o una disciplina utilizando el lenguaje sin ninguna rigurosidad. El presente texto surge precisamente de la necesidad de analizar la utilización del concepto de ciencias sociales y su entorno teórico en diversos contextos espacio-temporales específicos.

Frente al proyecto de búsqueda de la objetividad, surgido de la concepción del cientifismo epistemológico (idealización de la física y su modelo), en el mismo campo de la filosofía se plantean otras alternativas, “otras doctrinas y escuelas”, lo cual, para nosotros, no pone estos conocimientos en una situación de detrimento intelectual y científico frente a “las llamadas [ciencias] exactas” porque ello es lo propio del quehacer científico y académico. Así, Robert Nadeau en su *Vocabulaire* plantea una visión de la epistemología:

[...] parte de la filosofía que se ocupa del conocimiento científico [...] desde el punto de vista de su validez en tanto que conocimiento [...]. Por esta razón, la epistemología está dedicada a la búsqueda de criterios: criterio de demarcación entre ciencia y metafísica o también entre ciencia y pseudociencia, criterio de delimitación entre las disciplinas, criterio de diferenciación global entre ciencias naturales y ciencias sociales, [...] criterio de verdad de los enunciados.

Una primera aclaración se impone desde el comienzo. Se ha criticado a la epistemología de pretender ser la teoría de EL método científico, como si, después de la revolución galileana, no hubiera existido sino un solo método válido en la ciencia experimental y como si, aun hoy en día, existiera un único método que lograra hacer consenso en todas las disciplinas y entre todos los científicos. [...] Así y para decir las cosas claramente, la epistemología ni supone ni nos obliga a aceptar la existencia de un único método científico, el cual sería la vía real hacia la Verdad.

[...] Con el papel creciente de la ciencia], se hace mayor la necesidad de elaborar un lenguaje apto para favorecer al máximo la interdisciplinariedad. En la investigación científica, es cada vez más imperioso pensar en términos de pasarelas, de atajos, de combinación de enfoques, de mezclas de perspectivas disciplinarias. [...] Nosotros sostenemos que el lenguaje epistemológico puede ejercer ese papel [...].

[...el cual] tiene ahora el estatuto de un verdadero idiolecto: él está constituido de un vocabulario técnico y, en la práctica, cerrado semánticamente, de tal manera que un análisis lexicográfico puede tomarlo directamente por objeto.

[...] nuestro Vocabulario servirá a todos los lectores de textos científicos diversos, tanto en el sector de las ciencias humanas y sociales como también de las ciencias de la naturaleza o de las ciencias matemáticas. [...] Los lectores, interesados por las consideraciones metacientíficas, encontrarán aquí, más allá de un repertorio terminológico, un instrumento de análisis apto para esclarecerles el sentido preciso de las palabras que componen ese vocabulario especializado, las cuales, más que cualquiera de las otras, frecuentemente son polisémicas. De esta manera, ellos tendrán acceso a numerosos conceptos técnicos que esas palabras y expresiones sirven a manifestar (1999, introducción).

Los análisis lexicográficos de Nadeau toman como objeto central –no exclusivo– de estudio, el vocabulario de las ciencias empíricas y las ciencias lógico-matemáticas. Pero éstas no se toman como modelo de exactitud al cual las otras ciencias deben pretender alcanzar sin nunca poder realizarlo. Estos análisis, realizados a partir de la lingüística –una de las ciencias humanas, según la nomenclatura francesa– y de la epistemología, tienen una

perspectiva interdisciplinaria que permite aprovecharlos en los diferentes conocimientos científicos. Estas nuevas tendencias, que se proponen sobrepasar las visiones dualistas de las diferencias entre las ciencias, surgen y se fortalecen a partir del decenio de los sesenta del siglo XX con el desarrollo y consolidación de nuevas formas de interrelación de los conocimientos – multi, inter, transdisciplinaria – y de la epistemología, tanto en su sentido de teoría de la ciencia como en el de teoría del conocimiento.

El concepto de ciencias sociales y su campo conceptual según los diccionarios especializados

La revisión de un buen número de obras especializadas ha permitido constatar que la tendencia generalizada es no incluir dentro del repertorio lexical el concepto de ciencias sociales³. Situación semejante se presenta en el caso del concepto de ciencias humanas. En estos casos, uno tiende a preguntarse si la problemática planteada es pertinente. En varios textos el concepto aparece en el marco de la entrada correspondiente a social. Así para Lalande, la expresión “ciencias sociales” es “un término muy amplio que concierne no solamente a la sociología sino también a todas las ciencias relativas a la sociedad” (1988, p. 998). Situación similar se presenta en el texto de Morfaux, quien considera que se deben distinguir dos sentidos en el concepto; con esto se refiere a: “1) [sentido estricto,] la sociología o *sociología general*, ciencia de síntesis de las diversas ciencias sociales particulares; 2) sentido amplio, todas las ciencias relativas a un cierto aspecto de la sociedad” (1980–1999, p. 333). Thinès y Lempereur incluyen el concepto de ciencia social –en singular– dentro de la entrada general del término social. Para ellos, en una definición que va más allá de la especie humana y que plantea relaciones entre ciencias:

se entiende generalmente por ciencia social toda disciplina que trata de los aspectos originales involucrados por la reunión de individuos en asociación, cualquiera que sea su naturaleza biológica. Dado que no pueden existir hombres sin sociedad, la mayoría de las ciencias humanas dependen de la ciencia social por uno o por otro de sus aspectos (1984, p. 82).

François Dubet en el artículo “Sociedad”, nos da una pista para explicar la ausencia de ese término en los diccionarios especializados; la cual podemos extrapolar al concepto de ciencias sociales:

3 Se refiere, entre otros tantos, a los textos ya citados de Ferrater, González, Casanova y Nadeau.

Así como muchas especies animales, todos los hombres viven en sociedad: sin embargo, así como las obras [lexicográficas] de biología no presentan el artículo "Vida", la mayoría de las enciclopedias y de los diccionarios de ciencias sociales no incluyen tampoco el artículo "Sociedad". Esto podría explicarse simplemente: el objeto de las ciencias sociales, de la sociología especialmente, siendo la sociedad, no es posible definirla de manera precisa, las ciencias de la sociedad están corriendo detrás de un objeto cuyo "centro esta[ría] por todas partes y la circunferencia en ninguna parte"⁴. Pero se puede observar también que la mayoría de manuales, de tratados y de enciclopedias abordan la noción de sociedad cuando ésta se encuentra asociada a un adjetivo: sociedad industrial, sociedad capitalista, sociedad democrática, sociedad moderna, sociedad tradicional... Esta novedad nos invita a considerar que la noción de "sociedad" es, a la vez, una noción histórica y un problema sociológico. Más exactamente, ella puede ser considerada como un problema y como una respuesta a ese problema.

[...] la noción de sociedad puede ser considerada como una construcción analítica, como un conjunto de conceptos más o menos coherentes y organizados gracias a los cuales los sociólogos han tratado de combinar la cuestión del orden social con aquella de su evolución. La sociología ha construido discursos en los cuales la sociedad es el personaje principal. Pero el éxito de estos discursos no proviene únicamente de su valor intelectual y de los programas de investigación involucrados. Él proviene también del hecho que la noción de sociedad designa en realidad a los Estados-nación [...] percibido[s] como la forma "natural" de la vida social moderna (2006, p. 1094, 1096).

Todas las acepciones mencionadas coinciden en señalar a la sociedad como el objeto de la(s) ciencia(s) social(es). En este caso, al sustantivo sociedad se le da un sentido amplio, globalizador, porque designa al conjunto de miembros del conglomerado social. Recordemos que la palabra tiene en castellano un sentido restrictivo y excluyente, cuando se utiliza refiriéndose al grupo minoritario de los "elegantes" y "distinguidos". En el sentido restrictivo, después de explicar lo que queremos decir con elegante y distinguido, la definición es precisa. En el sentido que nos interesa –el amplio y global– la caracterización es tan complicada que requiere de la investigación, el análisis, la síntesis y la reflexión científica. El adjetivo social hereda de la situación propia del término sociedad, la cual es transmitida al concepto de ciencias sociales. Entonces, la actividad de los científicos sociales está inmersa e impregnada de la dificultad planteada por su objeto. Ese reto es lo que genera una actividad difícil, interesante y enriquecedora intelectual y socialmente. Sin embargo, es necesario señalar igualmente que una definición de la(s) ciencia(s) social(es) basada en su objeto nos deja sin resolver

4 Expresión tomada de Blaise Pascal.

la cuestión de su(s) contenido(s) y de su(s) sentido(s). Para avanzar en la resolución de la cuestión hay que implementar los recursos metodológicos utilizados para generar el conocimiento científico. En este caso, el recurso a la interdisciplinariedad, especialmente entre la lingüística y la disciplina histórica, nos puede permitir realizar un avance en la comprensión del significado del concepto de ciencias sociales y –eventualmente– de los términos sociedad y social.

Una obra que marca una excepción porque tiene una entrada específica para el concepto de ciencias sociales es la *Enciclopedia delle scienze sociali* (ciencias sociales, en plural). El autor del artículo, Pietro Rossi, aborda no solamente el concepto en la complejidad de su significación, sino que también abarca las cuestiones relativas a las relaciones de ellas con las ciencias naturales y las ciencias humanas. Comienza señalando:

Las ciencias sociales como “familia” de disciplinas

Definir qué cosa son las ciencias sociales es bastante más arduo que no definir, por ejemplo, qué cosa son la geometría y la física y ello no obstante la creciente articulación de éstas últimas en dominios especializados. También a las ciencias sociales se les podría aplicar ciertamente la vieja definición –paradójica solo en apariencia– según la cual la geometría es lo que hacen los geómetras o la física lo que hacen los físicos. Pero con dos dificultades adicionales: la primera es que la misma individualización de la figura de los científicos sociales es hasta el día de hoy problemática; la segunda es que ellos hacen frecuentemente cosas dispares, sea en el sentido de estudiar fenómenos diferentes o sea en el sentido de servirse de métodos a tal punto diversos, los cuales van de la técnica de observación de la sociedad “primitiva”, utilizada por el antropólogo en su trabajo de campo, a la formulación de complicados modelos matemáticos por parte del profesional de la econometría.

De hecho, –como el uso mismo del plural lo indica– las ciencias sociales no constituyen una ciencia, sino más bien una “familia” heterogénea de disciplinas que se formaron en épocas diferentes y para responder a exigencias también diferentes. Un discurso sobre las ciencias sociales hace referencia necesariamente a sus diversos componentes; o sea, sobre cada una de las disciplinas que pueden involucrarse, o hacerse involucrar, en esta “familia”, sobre sus relaciones de reciprocidad, sobre los límites que separan las ciencias sociales de otros ámbitos disciplinarios (1997, v. VII, pp. 662-663).

Pietro Rossi busca definir las ciencias sociales desde la perspectiva del funcionamiento interno de cada una de ellas y de las relaciones al interior de su conjunto, enfatizando igualmente sobre los métodos y técnicas

que les permiten tener el carácter de ciencias, “o sea, de pertenecer a esta categoría sobre la base de un esfuerzo consciente de *conocimiento* de la sociedad, o mejor dicho de la sociedad humana” (1997, 7 v., 663). Rossi diferencia entre el objeto global de las ciencias sociales y el objeto particular de cada una de las ciencias pertenecientes a la familia. Además, indica unas rutas para alcanzar una visión global e histórica del conjunto de las ciencias sociales: el surgimiento de cada una de las ciencias, sus nexos y rupturas con las otras ciencias, bien sean sociales o de otros campos de las ciencias de la naturaleza y/o de las ciencias humanas.

En una compilación de textos, la cual no tienen el carácter de diccionario, Theodor Adorno incluye un artículo intitulado “Sociedad”, publicado en 1965. Desde una concepción radicalmente diferente, Adorno no plantea qué entender por el concepto de ciencias sociales, sino que, a partir de la problematización y crítica del concepto sociedad, reivindica una serie de propuestas para abordar la cuestión de la noción de sociedad, las cuales marcan un reto para las ciencias sociales, especialmente para la sociología.

El concepto de sociedad muestra ejemplarmente en qué escasa medida los conceptos, como pretende Nietzsche, pueden definirse verbalmente afirmando que “en ellos se sintetiza semióticamente todo un proceso”. La sociedad es esencialmente proceso; sobre ella dicen más las leyes de su evolución que cualquier invariante previa. Esto mismo prueba también los intentos de delimitar su concepto. Así, por ejemplo, si éste se determinara como la humanidad junto con todos los grupos en que se divide y la forman, o de modo más simple, como la totalidad de los hombres que viven en una época determinada, se omitiría el sentido más propio del término sociedad. Esta definición, en apariencia sumamente formal, prejuzgaría que la sociedad es una sociedad de seres humanos, que es humana, que es absolutamente igual a sus sujetos; como sí lo específicamente social no consistiera acaso en la preponderancia de las circunstancias sobre los hombres, que no son ya sino sus productos impotentes. [...]

El concepto de sociedad no es en absoluto un concepto clasificatorio, no es la abstracción suprema de la sociología, que incluiría en sí misma todas las demás formaciones sociales. [...]

Puesto que el concepto de sociedad no puede definirse conforme a la lógica corriente ni demostrarse “deícticamente”, mientras que los fenómenos sociales reclaman imperiosamente su concepto, su órgano es la teoría. Solo una detallada teoría de la sociedad podría decir qué es la sociedad. Recientemente se ha objetado que es poco científico insistir en conceptos tales como el de sociedad, pues solo podría juzgarse sobre la verdad o falsedad de enunciados, no de conceptos. Esta objeción confunde un concepto enfático como el de sociedad

con una definición al uso. El concepto de sociedad ha de ser desplegado, no fijado terminológicamente de forma arbitraria en pro de su pretendida pureza.

La exigencia de determinar teóricamente la sociedad –el desarrollo de una teoría de la sociedad– se expone además al reproche de haberse quedado rezagado en relación con el modelo de las ciencias naturales, al que se considera tácitamente como modelo vinculante. En ellas, la teoría tendría como objeto el nexo transparente entre conceptos bien definidos y experimentos repetibles. Una teoría enfática de la sociedad, en cambio se despreocuparía del imponente modelo para apelar a la misteriosa mediación [...]. La sociedad, sin embargo, hay que conocerla y no conocerla desde dentro. En ella, producto de los hombres, estos todavía pueden, pese a todo y, por decirlo así, de lejos, reconocerse a sí mismos, a diferencia de lo que ocurre en la química y en la física. Efectivamente, en la sociedad burguesa la acción, en tanto que racionalidad, es en gran medida una acción “comprensible” y motivada objetivamente. Esto es lo que recordó con razón la generación de Max Weber y Dilthey. Pero este ideal de la comprensión fue unilateral, pues excluyó aquello que en la sociedad es contrario a su identificación por parte de los sujetos de la comprensión. A esto se refería la regla de Durkheim según la cual había que tratar los hechos sociales como cosas, renunciando por principio a comprenderlos. Durkheim no se dejó disuadir del hecho de que todo individuo experimenta primariamente la sociedad como lo no-idéntico, como “coacción”. En esta medida, la reflexión sobre la sociedad, comienza allí donde acaba la comprensibilidad. En Durkheim, el método científico-natural, que él defiende, registra esa “segunda naturaleza” de Hegel en la que la sociedad acabó convirtiéndose frente a sus miembros. La antítesis de Weber, sin embargo, es tan parcial como la tesis, puesto que se da por satisfecha con la incomprensibilidad, como él con el postulado de la comprensibilidad. En lugar de esto, lo que habría que hacer es comprender la incomprensibilidad, deducir la opacidad de una sociedad autonomizada e independiente de los hombres a partir de las relaciones entre ellos. Hoy más que nunca la sociología debería comprender lo incomprensible, la entrada de la humanidad en lo inhumano.

[...] Pero lo primero que habría que hacer es descubrir la sociedad como bloque universal erigido entre los hombres y en el interior de ellos. Sin esto, toda sugerencia de transformación solo sirve al bloque, bien como administración de lo inadministrable, bien provocando su inmediata refutación por parte del todo monstruoso. El concepto y la teoría de la sociedad solo son legítimos si no se dejan seducir por ninguna de las dos cosas, si perseveran negativamente en la posibilidad que les anima: expresar que la posibilidad corre el riesgo de ser asfixiada. Un conocimiento de este tipo, sin anticipación de lo que transcen-

dería esta situación, sería la primera condición para que se deshiciera por fin el hechizo que mantiene cautiva a la sociedad (2001, p. 9-18).

Vasto programa propone Adorno a la ciencia social, para él sinónimo de sociología. De manera formal, podríamos decir que ello se haría extensivo al conjunto de las ciencias sociales, o aun, a una ciencia social totalizadora. Pero limitarnos a esa formalidad nos haría perder lo esencial del planteamiento de Adorno, formulado a partir de la concepción reivindicada por él de la Teoría crítica. El texto se confronta directamente con nosotros porque se contraponen a enunciados y tesis que hemos repetido y repetimos aún porque son constataciones de la realidad social. Adorno afirma que nos contentamos con una lectura de primer nivel sin ir a lo profundo de los procesos, característica esencial de la sociedad. Aún va más allá: “comprender lo incomprensible”.

En el artículo sobre “Sociedad”, Dubet plantea que para entender lo que son las ciencias sociales hay que partir de la conceptualización de sociedad. Él constata que este modo de abordar el análisis lexicográfico es muy poco utilizado debido a la dificultad de definir la “sociedad” y, por ende, el adjetivo derivado social. Ya en 1965, Adorno se plantea la cuestión del concepto de sociedad no para dar una definición, sino para subrayar la imposibilidad de hacerlo, porque dicho término requiere ser abordado a partir y por medio de una teoría. En la recopilación castellana, el artículo “sociedad” aparece primero. Como el orden de presentación de los textos en la compilación no sigue el cronológico, podemos considerar que el orden escogido tiene una razón de carácter teórico que permite reflexionar sobre la epistemología de las ciencias sociales, las que para Adorno tienen estatuto propio y diferenciado de otros tipos de conocimientos científicos. Ellas no son ni inferiores ni superiores a las otras ciencias, aun cuando se pueda advertir que desde la realización de la teoría crítica darían un alto grado de satisfacción intelectual.

El concepto de las ciencias sociales en la diacronía

El conocimiento científico es un resultado de la actividad investigativa y reflexiva, individual y colectiva de mujeres y hombres en contextos espacio-temporales precisos. En tanto que fenómeno social, las ciencias manifiestan procesos de muy variados tipos: surgimientos, avances, estancamientos, retrocesos, rupturas, reorientaciones, institucionalización, difusión, diferenciación, generalización, especialización, interrelación, integración, transmisión, profesionalización, agremiación, vulgarización, entre otros. Por ello, las ciencias y los sujetos históricos participen de pro-

cesos internos, contextuales y sociales, son objetos de la disciplina histórica desde diferentes perspectivas y concepciones teóricas. Aunque el objeto sea el conocimiento científico, no necesariamente la manera de abordarlo se realiza desde una concepción histórica, analítica y profesional. La mayoría de las historias-conocimiento de la ciencia son historias de *una ciencia* en particular, bien sea realizada por historiadores profesionales o por miembros de la comunidad científica de dicha ciencia. En el caso de las ciencias sociales y de las ciencias humanas, son bastante escasos los trabajos historiográficos que tomen el conjunto de las ciencias catalogadas por el autor en una de las dos clasificaciones mencionadas. Aun en un texto intitulado *Une histoire des sciences humaines* (Dortier, 2005), con una periodización general y englobante del proceso en su conjunto, la forma narrativa se efectúa por capítulos correspondientes a un pensador o a una escuela ubicados dentro del ámbito de una disciplina en particular. Una obra elaborada desde una clara y explícita perspectiva de síntesis es *The Fontana History of the Human Science* (Smith, 1997, pp. 79-105) en la cual se plantea como eje de investigación y narración la cuestión de la naturaleza de las ciencias humanas, al interior de las cuales se encuentran incluidas las ciencias sociales, según esta perspectiva clasificatoria. Dentro del grupo de obras de carácter general, aunque el autor tome distancia, desde el título mismo frente a la disciplina histórica, se encuentra *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines* (Foucault, 1966). La periodización y la condición –anclada en el tiempo– de la visión del hombre como objeto de la reflexión en el pensamiento Occidental –con un principio y un futuro fin– nos permite incluir este texto en el presente repaso somero.

Antes de continuar, es necesario hacer una acotación sobre la razón por la cual en el párrafo anterior hemos utilizado simultáneamente los conceptos de ciencias sociales y ciencias humanas y, además, los libros mencionados anuncian desde sus títulos que se trata de trabajos relativos a las ciencias humanas. Para nosotros, los dos conjuntos tienen cosmovisiones y perspectivas diferentes y la utilización de los dos conceptos debe hacerse de forma diferenciada. Sobre este punto volveremos más tarde. Pero en los textos, el uso indiferenciado es una tendencia fuerte, lo cual hace complicado mantener un discurso diferenciador. Así, un ejemplo entre muchos, la *Revue d'histoire des sciences humaines (RHSH)* dedica un número monográfico al tema “Nacimientos de la ciencia social, 1750-1855”. Subrayamos que el plural se utiliza en relación al nacimiento de una ciencia, la social, en singular. Aunque la escogencia del título no es una cuestión dejada al azar, en ninguna parte de la revista hay una explicación al respecto. Frédéric Audren, –miembro del comité de redacción– intitula la introducción de la revista “Explorar los mundos de la ciencia social en Francia” donde aparece la

misma relación de plural y singular (Audren, noviembre de 2006, pp. 3-14). Pero, lo que nos interesa resaltar es que en las primeras tres líneas del texto utiliza las expresiones “ciencias del hombre” y “ciencias humanas” como sinónimos, para referirse al área de investigación desde la cual se trabaja la cuestión de los orígenes de la “ciencia social”. Hay que avanzar algunas páginas para encontrar la expresión de “ciencias humanas y sociales”. Utiliza “ciencia social” cuando cita a los autores del período estudiado, tales como Condorcet, Sieyès, Fourier y Le Play, porque esa es la expresión de la época. Según ello, podríamos deducir que las ciencias humanas nacieron como ciencia social, lo cual podría explicar la utilización indiferenciada de los conceptos. Pero ello no resuelve la cuestión histórica porque tanto los científicos sociales como los historiadores de las ciencias sociales hacen referencia a idénticos orígenes. De paso, constatemos igualmente que la expresión consagrada para referirse a los miembros de comunidades académicas y científicas de las ciencias sociales y de las ciencias humanas es la de científicos sociales; nunca se utiliza la expresión de científicos humanos porque la incongruencia sería aún más grande que con la expresión consagrada. Por ello, creemos que no se utiliza tampoco la expresión de científicos naturales. A pesar de las tentativas de explicación, lo concreto es que los escritos presentan continuamente la ambigüedad ya varias veces subrayada. Es más, rara vez en los textos se encuentra planteada y, mucho menos, explicada la cuestión.

La acotación anterior nos permite continuar con los aspectos diacrónicos del concepto de ciencias sociales y de los demás de su entorno lexical. Aclarando, desde ya, que una aproximación histórica a los conceptos no equivale necesariamente al análisis del devenir histórico de una ciencia o del conjunto de las ciencias sociales. En el caso de la creación del neologismo “sociología”, creación tradicionalmente atribuida a Augusto Comte, hoy sabemos que el primer nacimiento se le debe al abate Sieyès en 1780; o sea, cincuenta años antes de ser utilizado por Comte. Jacques Guilhaumou se pregunta –con razón– si el significado dado por Sieyès corresponde con los elementos que caracterizan a la sociología, en calidad de ser un sistema de conocimiento propio de una disciplina. Para responder, él se propone:

seguir el trayecto lexical y conceptual [para establecer que...] la aparición de ese término reenvía a una manera de pensar la auto-intitucionalización de la sociedad, constituyendo así la noción del orden social mediante el tránsito de una teodicea a una sociodicea [...].

[...] Para Sieyès, la sociología, más allá de la invención de la palabra, se situaría entonces dentro del vasto dominio de acción de las instituciones ligadas a los usos y costumbres que conservan un nexo originario al proceso de asimilación entre los hombres [...].

En verdad Sieyès se interesa prioritariamente [...] por la puesta en marcha de una ciencia de la política con el apoyo del arte social. [Construir] “una política fundada sobre la filosofía”, según sus propios términos (2006, pp. 117-134).

La formación intelectual de Augusto Comte incluye la lectura de algunas obras de los participantes en el proceso revolucionario francés, entre ellos Sieyès. Su interés se centra en los discursos sobre la “ciencia social”, la “fisiología social” y la “ciencia de la economía política”. Sin embargo, él desconoció siempre la invención del neologismo “sociología” por Sieyès. De todas maneras, la sociología –en su segundo nacimiento– tiene una concepción diferente y orientada a la constitución de una disciplina. Así, podemos señalar que detrás de la misma palabra se esconden dos proyectos diferentes.

El término de sociología está lejos de ser un concepto central, por lo menos en una buena parte del período analizado en la revista (1750-1855). En realidad, esa condición central la tiene la expresión “ciencia social”, utilizada en singular. El primero en utilizarla es el mismo abate Sieyès, en la primera edición de su texto más conocido, *¿Qué es el Tercer estado?* Como elemento indicador del proyecto teórico del abate y del ambiente político existente, en las ediciones siguientes él lo reemplaza por el concepto de “ciencia del orden social”. Los miembros del grupo denominado La Sociedad de 1789, entre ellos Condorcet y Sieyès, lo utilizan en sus escritos en la forma de “ciencia social práctica”. Durante la república Termidoriana (del 9 termidor año II al 18 brumario año VIII; o sea, del 27 de julio de 1794 al 9 de noviembre de 1799), la expresión se utiliza de una manera amplia e influyente. La institucionalización avanza cuando la Academia de ciencias morales y políticas crea una sección denominada Ciencia social y legislación. Sin embargo, como en el caso de la sociología, versión Sieyès, no existe el proyecto de sistematizar los conocimientos y constituir una disciplina, aun cuando se utiliza la categoría de ciencia (Audren, 2006, pp. 7-8).

Lo que caracteriza sobre todo ésta noción de “ciencia social” es la variedad de apropiaciones y de usos de los cuales ella es objeto. Para los actores de la época, el problema no es tanto llegar a conciliarse conjuntamente sobre lo que es exactamente la ciencia social sino construir, por la agitación de la noción misma, un escenario justificador de un espacio político inédito. Enunciado colectivo, la “ciencia social” engrana “procesos de legitimidad política, productos surgidos de la hibridación de lógicas que se enfrentan pero teniéndola como su reivindicación común”. En otros términos, la referencia a la “ciencia social” es “el operador que mancomuna prácticas divergentes y suscita, sin incluirla, la acción política de sus protagonistas”. Comprometerse con esta bandera de la “ciencia social” pone de manifiesto una voluntad

de regeneración política y social. La “ciencia social” es, a pesar de un proceso de conversión en ciencia seguramente incompleto, una ciencia de la organización social, una ciencia al servicio de la edificación de instituciones adaptadas a los usos y costumbres (2006, p. 8).

En la difusión e influencia de la primera “ciencia social” se conforma un campo en el cual se entrecruzan, se identifican y se afrontan la propaganda política, los proyectos de organización institucional o de organización social, las escuelas de pensamiento y las iniciativas de sistematización del conocimiento. De manera simultánea y concadenada se genera un conjunto conceptual en el cual se solidarizan, se confrontan o se presentan como sinónimos, términos como “arte social”, “ciencias morales y políticas”, “economía política”, “ciencias de la economía política”, “ciencia económica”, “economía pública”, “economía social”, “ciencia del hombre”, “ciencias humanas” y “ciencia social”. Intentar alcanzar el predominio de uno de los términos genera debates y confrontaciones científicas y políticas, siendo generalmente la coyuntura política la determinante del éxito o fracaso de una de esas expresiones. Algunas de éstas han desaparecido o caído en total desuso en el campo del conocimiento científico. Otras, continúan usándose de manera corriente en los ámbitos académicos y científicos. Desde ese período, el concepto de ciencia social –en singular– se roza, se liga, se encuentra en la vecindad de la expresión ciencia del hombre y, posteriormente, de la expresión ciencias humanas. Hoy en día, como lo hemos señalado reiteradamente, las expresiones que aparecen entremezcladas y utilizadas de manera ambigua son sobre todo la de ciencias sociales y ciencias humanas, utilizadas en plural. Sin embargo, esa utilización no aparece actualmente de una manera explícita como una cuestión de debate teórico, académico y socio-político.

En el período de conformación de las ciencias modernas, la utilización de las expresiones se presenta como un debate en el cual no solo aparecen cuestiones de orden teórico y filosófico sino también de orden político. Cada noción es utilizada como una bandera, un símbolo de proyectos científicos pero también, y sobre todo, de proyectos socio-políticos. Nosotros consideramos que esa situación sigue siendo así, pero no es puesta en evidencia sino en raras ocasiones por un grupo reducido de investigadores y académicos dedicados a la historia y a la educación de las ciencias. Jean-Luc Chapey, en su texto “De la ciencia del hombre a las ciencias humanas: controversias políticas de una configuración de saber (1770-1808)” cuyo título enuncia claramente el contexto y el sentido del proceso, señala que:

Frecuentemente estudiada a la luz de una historia disciplinar enmarcada bajo el ángulo de los paradigmas naturalista o médico, el análisis del modo de utilización de la noción “ciencia del hombre” entre 1770

y 1808 constituye, sin embargo, un medio para contribuir a la renovación de la historia política. A partir de 1770, la noción de “ciencia del hombre” tiende a imponerse progresivamente como un nuevo terreno de intervención ocupado por los “filósofos” y “escritores” interesados en participar en los debates sobre las reformas políticas para transformar radicalmente los principios sobre los cuales están construidas las relaciones entre los individuos y las sociedades. Esa idea de “regeneración” y de “perfeccionamiento” a la cual está asociada esta “ciencia del hombre” se inscribe, desde 1789, en las lógicas de conflictos y de reconstrucción del espacio político, jugando un rol esencial en la instalación y la defensa del proyecto republicano del Directorio. Verdadero paradigma científico y político hasta 1802, la “ciencia del hombre” se constituye enseguida como el blanco de numerosos ataques que tienden a marginalizarla en el nuevo orden de saberes que se organiza durante el Imperio. Considerándolos a través de los debates y los conflictos políticos que ritman el período 1780-1808, se tiene la posibilidad de comprender mejor los clivajes que rodearon los proyectos sucesivos de construir una ciencia del hombre y, al mismo tiempo, profundizar la reflexión relativa a la transición de la Ilustración al positivismo que caracteriza el “momento 1800”.

La emergencia y la formalización progresiva de esta “ciencia del hombre” presentada como el producto del ideal de la Ilustración y amalgamada a nociones tan diversas que “antropología” o “historia natural del hombre” parecen otorgar una coherencia a saberes y prácticas dispersas [...].

La originalidad y la verdadera innovación de este período viene de esta constatación: la configuración del saber definido por la noción de “ciencia del hombre” reenvía tanto a un proyecto científico que a un proyecto político [...].

[...] desde 1800, el papel acordado a las ciencias y a los doctos en la misión civilizadora y de regeneración política es enjuiciado. Las condiciones epistemológicas e institucionales de la ciencia del hombre son a partir de ese momento criticadas. [...] A partir de 1802, las nociones de “ciencia del hombre” o de “ciencia humana” [expresión utilizada en singular en este período] (como aquellas de “historia natural del hombre”, de “ciencias morales y políticas”, de “antropología” o de “medicina filosófica”) tienden a desaparecer de las rúbricas de clasificación de las obras en los periódicos eruditos, supresión que marca una verdadera ruptura en la naturaleza y el proyecto político del régimen [...] y se manifiesta] en el proyecto de neutralización (o despolitización) de la misión asignada a la ciencia y a sus representantes. Cuando en 1802, Cabanis trata de resistir al proceso de especialización disciplinar y de polarización institucional publicando sus Relaciones de lo físico y de la moral (en el cual él introduce la

noción de “antropología” como sinónimo de la noción de “ciencia del hombre”) él es el objeto, en los periódicos oficiales, de violentas críticas que lo acusan no solamente de “materialista”, sino sobre todo de querer hacer depender la estabilidad política y social de la construcción de una ciencia general del hombre y del trabajo común de una “casta” de letrados; entonces, no es únicamente el ideal de los enciclopedistas que es atacado, sino también el ideal republicano [...] (Chapey, 2006, [15], 43-68).

En el siglo XVIII las dos expresiones, ciencia social y ciencia del hombre, aparecen en singular. Tanto para Chapey como para Audren, son proyectos científicos y proyectos políticos. En el caso francés, las dos están ligadas al proceso revolucionario de manera protagónica durante la República Termidoriana, y su decaimiento corresponde al período imperial. Los círculos –conocidos con el nombre globalizador– de los Ideólogos, que toman una u otra de las expresiones como banderas, son próximos o participan de los gobiernos de este período. Las similitudes señaladas permitirían intercambiar y, aun, hacer equivalentes las dos expresiones, sobre todo si tenemos en cuenta que una cosmovisión común las nutre y les da sustentación teórica, epistemológica y socio-política: la planteada por los pensadores del movimiento enciclopedista con su proyecto de un conocimiento unitario del hombre por medio de la articulación y la yuxtaposición que sirva de base y tenga como objetivo la organización e institucionalización de una nueva sociedad (Vidal, p. 61-77). Sin embargo, este movimiento intelectual, como todo movimiento social, no es homogéneo. Chapey, señala que el término de “ciencia del hombre” se encuentra en concurrencia con la expresión “ciencia social”. Audren menciona sobre todo a Condorcet y Sieyès como abanderados del concepto de “ciencia social”, mientras que Chapey cita a otros pensadores, entre ellos Cabanis, como difusores del concepto de “ciencia del hombre”. Además, por lo menos uno de estos pensadores, Pierre-Louis Lacratelle, utiliza ambas expresiones de manera interrelacionada:

No solamente, yo ubico esta ciencia [del hombre] en el primer puesto, sino que yo hago de ella el centro de todas las otras. Todas deben servirla e igualmente recibir su dirección. Ella es exactamente la ciencia social, la ciencia por excelencia. Con ella, yo formo la colección de las partes recientemente reunidas, pero ligadas eternamente. Ella agrupa el estudio de los deberes del hombre y el de sus pasiones; ella conjuga todas sus facultades para hacerle alcanzar todos sus destinos; ella abarca todas las relaciones de la sociedad para enunciar todos los principios. Para definirla mejor y darle una denominación que la explique en su integridad, yo la llamaré la ciencia cívica, política y moral (Lacratelle, en Chapey, pp. 51-52).

Nos encontramos aquí, no solamente con dos, sino con tres expresiones, dos de las cuales serían equivalentes con la ciencia del hombre. Pero, de otra parte, queda claro que para esta concepción es el individuo quien se encuentra en el centro del conocimiento, tanto como objeto que como sujeto.

Ciencias sociales o ciencias humanas

Hasta el momento, hemos señalado esencialmente la utilización ambigua de los conceptos de ciencias sociales y ciencias humanas. Pero, además, se presenta la cuestión de la relación entre los dos conjuntos de conocimientos. Para unos autores, un conjunto engloba al otro; para otros, los dos conjuntos son independientes; y hay para quienes ellos formarían un conjunto único aunque diferenciado, lo cual se expresaría en las denominaciones de “ciencias sociales y humanas” o de “ciencias humanas y sociales”. Inicialmente, la tendencia es a diferenciar los dos conjuntos de ciencias; luego, con el desarrollo de las interrelaciones entre las ciencias y las disciplinas, la tendencia es a recalcar los elementos de conjunto. Igualmente, el tamaño del conjunto es variable, aun cuando la tendencia contemporánea es la de aumentar el número de disciplinas y conocimientos científicos. Sea cual sea el contenido de los conjuntos disciplinares, la razón de ser de cada uno de ellos se encuentra justificada por una concepción teórico-metodológica generalmente implícita. Además, cada denominación y su contenido generan debates teóricos, disciplinares y académicos.

En 1970, la UNESCO separa claramente los dos conjuntos de ciencias con base en la cuestión metodológica. Para dicha institución, las ciencias sociales (sociología, ciencia política, antropología social y cultural, psicología, ciencia económica, demografía y lingüística) son nomotéticas, mientras que las ciencias humanas (derecho, historia, arqueología, prehistoria, filosofía, estudio de las expresiones artísticas y literarias) son ideográficas. Los académicos franceses critican esta clasificación señalando que el concepto de ciencias sociales no es muy utilizado en la academia francesa, porque considerar a la historia como ciencia ideográfica sería reducirla simplemente a lo *événementiel*, desconociendo así otras concepciones, métodos y logros de la ciencias históricas. Queremos resaltar cómo este planteamiento subraya que en una misma disciplina se pueden distinguir diferentes metodologías y resultados, con base en los cuales se podría clasificar una ciencia según la cuestión metodológica en dos conjuntos diferentes (Unesco, en Vidal, 1970).

Para André Lalande, los dos grupos aparecen bajo entradas separadas y como independientes entre sí. Así, la expresión ciencias humanas hace referencia a aquellas ciencias que ponen el acento en “las características ex-

teriormente observables de las maneras como se comportan los hombres, sea individual o sea colectivamente [...] esas son las ciencias de aquello que caracteriza al hombre, en oposición con el resto de la naturaleza". Mientras que la expresión ciencias sociales, incluida en la entrada Social, es un "término muy amplio, que se aplica no solamente a la sociología, sino a todas las ciencias relativas a la sociedad: la economía, la historia, la geografía humana, el derecho, la moral, la pedagogía, etc." (1988, pp. 958-998).

En el caso de Nadeau, los dos grupos son equivalentes y conforman un bloque, "las llamadas ciencias humanas o sociales", las cuales están conformadas esencialmente por "la historia, la psicología, la economía [...], el psicoanálisis [y] la politología" (1999, pp. 628-629).

Por su parte, Louis-Marie Morfaux presenta los dos conjuntos como independientes, pero incluye en cada uno de ellos una buena parte de las mismas disciplinas, lo cual no ayuda a superar la confusión:

Ciencia [...] *d) ciencias del espíritu, ciencias morales, ciencias del hombre, ciencias humanas:[...] la tercera [expresión] que opone las ciencias del hombre a aquellas [ciencias] de la naturaleza, es de un uso relativamente corriente, pero parece que [la expresión] de ciencias humanas tiende a prevalecer, aunque ella es un poco confusa: en sentido estricto, con ella se designan las ciencias de base concernientes al estudio del hombre desde el punto de vista mental o social, la psicología en todas sus diferentes formas, inclusive el psicoanálisis; la sociología en todas sus diferentes formas, inclusive la etnología; en un sentido amplio, la expresión recubre, además de las precedentes, a las disciplinas que tienen un carácter científico y que utilizan los conocimientos de diferentes ciencias: lingüística, filología, economía, pedagogía, historia, etc. [...]*

Social [...] *Ciencias sociales: se distinguen: 1) sentido estricto, la sociología o sociología general, ciencia de síntesis de las diversas ciencias sociales particulares; 2) sentido amplio, todas las ciencias relativas a un cierto aspecto de la sociedad: historia, política, derecho, economía, pedagogía, lingüística, etc. Estadística y dinámica social (A. Comte, Durkheim): división fundamental de la sociología. Psicología social [...] (1980-1999, pp. 324-325, 333).*

Para Thinès y Lempereur, el grupo que conforma las ciencias humanas es bastante amplio, incluyendo no solo a las ciencias sociales, sino también a disciplinas que muchas veces se clasifican dentro del conjunto de las ciencias naturales o en el área de la reflexión filosófica. Esta visión amplia contrasta con la concepción científicista que los autores proclaman en el prefacio de su obra, como ya lo señalamos con anterioridad. En el listado

de disciplinas referenciadas en la obra, aun cuando ello no signifique que todas pertenezcan a las ciencias humanas, están la biología general y la biología del comportamiento; la criminología; la estética; las matemáticas y las estadísticas; la metrología, la colorimetría y la fotometría; la filosofía, la epistemología, la fenomenología, la lógica y la ética; el psicoanálisis y la sexología; la psiquiatría; la psicología, las ciencias de la educación, la pedagogía, la psicometría, la psicología general, la psicología experimental, la psicología genética, la psicología industrial, la psicología fenomenológica, la psicología de la religión, la psicología social, la psicopatología, psicofarmacología, la psicofisiología, la tipología, y la caracterología; las ciencias del lenguaje, la lingüística, la psicolingüística, la fonología, la fonética, la logopedia, la ortofonía, la audio-fonología, la ciencia literaria, la semiología y la semiótica. En el campo de las ciencias sociales, en tanto que integrantes de las ciencias humanas, los autores incluyen a la antropología, la demografía, la economía, la geografía humana, la ciencia política y la sociología (Thinès y Lempereur, 1984, pp. 7-10). Las acepciones dadas por los autores a los términos de disciplina y de ciencia social, en singular, en la entrada Social, nos permiten comprender la amplitud del listado:

Disciplina. *(Filo.) Término sinónimo de ciencia en el sentido de sector particular del conocimiento. Disciplina se emplea, sin embargo, en un sentido más amplio para designar los dominios externos a las ciencias exactas (disciplinas filosóficas, por ej.) [...].*

Social. *Ciencia social [en singular]. Se entiende generalmente por ciencia social toda disciplina que se refiere a los aspectos originales derivados de la reunión de individuos en agregados, cualquiera que sea su naturaleza biológica. Dado el hecho que no pueden existir hombres sin sociedad, la mayoría de las ciencias humanas relevan de la ciencia social por uno u otro de sus aspectos. En este caso se encuentran particularmente la antropología, la psicología social, la sociología, la economía, la demografía, la ciencia política y la geografía humana (1984, pp. 283, 882).*

Los autores, cuando utilizan el concepto de ciencia social –en singular– engloban a las ciencias humanas; pero cuando el concepto es utilizado en plural –ciencias sociales– aparece en su vasta clasificación como un subconjunto de las ciencias humanas.

En la obra de reciente publicación dirigida por Mesure y Savidan, no aparece ninguna entrada específica a las ciencias sociales; a ellas se hace referencia en la entrada Sociedad, como ya lo hemos visto. En esta entrada, la única ciencia social mencionada es la sociología. Sin embargo, en el conjunto del *Dictionaire*, esta última aparece haciendo parte del conjunto

de las ciencias humanas, dentro de las cuales los autores clasifican a la antropología, la bioética, la criminología, la demografía, el derecho, la economía, la educación, la ética, la etnolingüística, la etnología, la etnopsiquiatría, la etología, la geografía, la historia, la lingüística, la ciencia política, las ciencias cognitivas, el psicoanálisis, la psicología, la semántica, la semiología, la semiótica y la sociología (Mesure y Savidan, 2006, pp. 11-16).

El grupo de ciencias mencionado por Mesure y Savidan retoma, ampliándolo ligeramente, al conjunto de ciencias referenciadas en dos textos de Jean-François Dortier (1998, 2005) publicados por las *Editions Sciences humaines*, cuyo nombre es en sí una postura. A pesar de los títulos de los libros centrados en las ciencias humanas, Dortier, en uno de los pocos ejemplos en la bibliografía consultada, hace referencia a la cuestión de los términos:

Pero antes que todo, ¿qué son precisamente las ciencias humanas? Pasemos rápidamente sobre los problemas de terminología. Sería vano buscar una definición canónica o un trazado preciso de las fronteras respectivas entre “ciencias humanas”, “ciencias sociales” o “ciencias del hombre”. Esos términos se entrecruzan en parte sin ser completamente sinónimos. Las definiciones se deben más a las divisiones universitarias –variables según los países y las costumbres– que a una terminología rigurosa [...].

Este libro adopta la definición más amplia y más extensa de las ciencias humanas. Yo tomé la posición de reunir bajo ese nombre todas las ciencias que conciernen al hombre y a la sociedad. Este conjunto está formado por una quincena de disciplinas que se han ido constituyendo alrededor de cuestiones y de temas fundadores [...].

En la universidad francesa, el término “ciencias humanas” hace referencia a un núcleo formado alrededor de la psicología, de la sociología y de la antropología. A ellas se agregan a veces la lingüística y la historia. Las “ciencias sociales” designarían las ciencias de la sociedad stricto sensu: economía, ciencias políticas, geografía, y, de nuevo, la sociología. Para denominar al conjunto, el departamento específico del CNRS [Centro Nacional de la Investigación Científica, por su sigla en francés] ha escogido utilizar la expresión de “ciencias del hombre y de la sociedad”. En los Estados Unidos, donde el término de ciencias humanas es muy poco empleado, se hablaba hasta hace poco de Social and Behavioral Sciences. Pero recientemente es el término de Social Sciences que tiende a imponerse como equivalente de ciencias humanas.

De hecho, el uso de los términos no puede ser verdaderamente riguroso porque ello supondría trazar una demarcación rígida entre los dominios, los campos de competencia, lo cual no es muy factible,

porque ¿dónde comienza el hombre, dónde termina la sociedad?
(1998, pp. 3-4).

Jean-François Dortier centra su explicación sobre la utilización ambigua o poco rigurosa de los términos, en cuestiones basadas en las tradiciones académicas de un Estado o conjunto de Estados de áreas lingüísticas o culturales comunes. En el presente texto hemos utilizado con mayor frecuencia el concepto de ciencias humanas que el de ciencias sociales porque la mayoría de la literatura consultada es de origen francés. Y, en cierta forma, nuestro interés por el concepto de ciencias sociales está ligado con la utilización predominante de esta expresión en el contexto académico colombiano.

Las tradiciones académicas en el marco de los Estados y/o regiones culturales

En cualquier texto académico, especialmente en un trabajo sobre conceptos, la utilización de un término requiere explicitarse. No utilizamos la expresión de “tradiciones académicas nacionales”, aun cuando sea de un uso más familiar, sino la de tradiciones académicas estatales de una manera consciente. En el lenguaje corriente, en el de la actividad política y, aún, en el científico, se utilizan de manera equívoca los términos de nación y nacional cuando en realidad se hace referencia a los términos de Estado y de estatal. Expresiones como la de Estado-Nación o Nación moderna pueden ser más precisas, aun cuando ocultan los procesos históricos de conformación del Estado, por medio de los cuales una nación se impone sobre otras. Los procesos de mediana duración de los Estados francés y español son ilustrativos de esa situación. La expresión de Nación moderna hace referencia a los Estados surgidos a finales del siglo XVIII, Estados Unidos de América y Francia, en los cuales se da preferencia –paradójicamente– a las relaciones políticas estatales basadas en la ciudadanía, por encima de las relaciones originadas en las tradiciones nacionales. Teniendo en cuenta este significado, nos parece conveniente utilizar la expresión Estado moderno porque centra la situación de los individuos, grupos sociales, étnicos y culturales, comunidades y, aun, naciones habitantes de un territorio estatal alrededor de las cuestiones político-administrativas. Además, en el caso preciso de nuestra temática, como lo señala Dubet en su artículo ya mencionado sobre “Sociedad”, este concepto se confunde con el de Estado-nación. “La sociedad es el Estado-nación, la Alemania, la Inglaterra, los Estados Unidos, la Francia...”. Claro está, haciendo la salvedad de que Dubet hace referencia a una organización socio-política basada en la ciudadanía; o sea, el Estado moderno.

La afirmación de Dortier sobre el uso de los conceptos de ciencias humanas o ciencias sociales según las tradiciones académicas, se puede ilustrar con varios ejemplos. El mencionado en múltiples ocasiones por la academia, por las instituciones científicas, por las ediciones y publicaciones, entre otras, es el del Estado francés. La utilización del concepto de ciencias humanas se extiende a las zonas de influencia francesa a través de la denominada Comunidad francófona, o sea, esencialmente de los Estados de los territorios dominados antes colonialmente. Sin embargo, como se presenta generalmente en la vida académica de cualquier sociedad, existen excepciones a la tendencia mayoritaria. Un caso, en el campo de las instituciones académicas es el de *l'École des Hautes Etudes en Sciences Sociales* (EHESS), fundada por los historiadores Lucien Febvre y Fernand Braudel. La Escuela está estrechamente ligada a la *Maison des sciences de l'homme*. La utilización de los conceptos de ciencias del hombre y de ciencias sociales es el resultado de acuerdos entre diferentes tendencias académicas. El decano de la Facultad de Derecho, el historiador de la diplomacia Pierre Renouvin, plantea que la disciplina histórica no es una ciencia social, mientras que Braudel sostiene que la historia social y económica, por su concepción y sus métodos, hace parte del conjunto de las ciencias sociales (Mazon, 1988). La debilidad y marginalidad de las ciencias sociales en la universidad francesa impone la solución de utilizar la doble nominación. A nosotros nos interesa resaltar cómo dos visiones y dos prácticas de la disciplina histórica la ubican en conjuntos de ciencias diferentes, teniendo en cuenta las cuestiones teóricas y metodológicas. Otro caso particular en el sector de las publicaciones, es la revista *Actes de la recherche en sciences sociales* [ARSS], fundada y dirigida durante muchos años por Pierre Bourdieu. La posición teórica de este pensador se enmarca en el cuadro de las ciencias sociales, especialmente en la perspectiva sociológica. En la editorial del primer número de la ARSS, utiliza el concepto ciencia social, en singular, haciendo referencia a la sociología (1975, I (1), 2-3). Sin embargo, no hay ninguna explicación del nombre de la revista y de las razones para utilizar la expresión en plural. Los miembros de su escuela de pensamiento publican un libro intitulado *Pour une histoire des sciences sociales* (Heilbron, Le noir y Sapiro, 2004) manteniendo la expresión y la ausencia de explicación sobre la utilización de la mencionada expresión.

Dortier hace alusión igualmente al caso de los Estados Unidos, donde la academia utiliza el concepto de *Social and Behavioral Sciences*; en realidad, en la segunda mitad del siglo XX, la expresión utilizada predominantemente es la de *Behavioral Sciences* porque, como comentaba C. Wright Mills, para el ambiente político y, aún, intelectual estadounidense de ese período, la expresión de *Social Sciences* tendría una relación con las posiciones teóricas y políticas del socialismo. Por su parte, Mills (1970) utiliza

siempre los conceptos de sociología, ciencias sociales, “estudios humanos” y científicos sociales, en sus escritos de los decenios del cincuenta y sesenta del mencionado siglo. Aun cuando es necesario señalar que la expresión ciencias sociales es utilizada en dos importantes enciclopedias publicadas en estos decenios por la misma casa editorial, mostrando así una política editorial [Seligman (ed.), 1953, 15 v. y Sills (ed.), 1968]. Ello nos permite constatar que Mills indicaba la tendencia general, precisando las razones de orden socio-político que la motivaban. En un texto relativo a un período más amplio, a partir del siglo XVIII hasta finales del siglo XX, Craig Calhoun (2004, 263-322) muestra el desarrollo de las ciencias sociales estadounidenses, haciendo hincapié en la sociología y el trabajo social. Menciona a la economía, la antropología y, aún, la psicología; pero curiosamente no hace mención en ningún momento de la ciencia del comportamiento, la *behavioral science*. Señala cómo, a partir del decenio de los setenta del siglo XIX, se institucionaliza la profesión de sociólogo y se crean centros como el *Social sciences research council* durante la primera mitad del siglo XX. Esto nos permite observar que las actividades académicas y científicas, en tanto que fenómenos sociales, tienen desarrollos en los cuales fluctúan las tendencias generales del fenómeno.

En el contexto británico se utiliza la expresión de *behavioral and social sciences* y, primordialmente, la de *social sciences* de manera independiente. Dortier señala cómo en la academia estadounidense existe la tendencia, últimamente, a utilizar prioritariamente la expresión de ciencias sociales, poniéndose al diapason del ámbito anglosajón. Por su parte, Roger Smith (1999, 2006) considera que la expresión *human sciences* gana paulatinamente terreno en la academia inglesa, gracias en particular a la creación de una asociación de historiadores de las ciencias humanas. Aquello que nos interesa de estas dos constataciones es mostrar cómo la utilización de estos conceptos no es una cuestión estática, sino que como fenómenos sociales, tienen sus respectivos procesos históricos. Surge así el interés por plantearse la razón de estos cambios.

El mismo Smith señala que en la lengua alemana no existe una expresión equivalente a la de ciencias humanas. En la academia alemana predomina la utilización de los conceptos de ciencias del espíritu, ciencias de la cultura y ciencias sociales. La discusión sobre el estatuto de la ciencia, su carácter nomotético o idiográfico, su alcance explicativo o comprensivo, tiene gran relevancia en los debates filosóficos y epistemológicos. Aun cuando se empleen los diferentes términos, las diversas concepciones filosóficas le dan preeminencia a uno de ellos. En el caso de la Escuela de Fráncfort, los autores utilizan el concepto de ciencias sociales, grupo dentro del cual hacen análisis, críticas y propuestas desde y para la sociología, generando así

su propuesta de la Teoría crítica de la sociedad. Recordemos que el libro de Adorno (2001) ya citado y uno de Habermas (2001), contienen en su título el concepto de ciencias sociales. Aquí nos encontramos claramente con una concepción filosófica, epistemológica y sociológica que sirve de base para sustentar la expresión utilizada.

En el área hispanoamericana, la tendencia mayoritaria es a la utilización del concepto de ciencias sociales. La mayoría de programas académicos, facultades, centros de estudios de la región, utilizan la expresión de ciencias sociales en sus denominaciones. En el Estado español, la tendencia es a clasificar las colecciones y las publicaciones bajo el apelativo de ciencias sociales (Reyes, 1998-2004). En el conjunto de la región, los textos sobre filosofía, epistemología, metodología de las ciencias sociales, priman con relación a cualquiera de las otras denominaciones (Pardinas, 1959, Cañas y Fernández 1994, Garza, 2005). Los textos de metodología tienen una influencia académica e intelectual bastante grande, como lo demuestran – durante varios decenios– sus múltiples ediciones y reimpressiones, tal como lo podemos constatar en la bibliografía citada. En el espacio hispanoamericano existen, sin embargo, textos que utilizan las expresiones de ciencias sociales y ciencias humanas, como el de Sánchez Puentes (2004); en este caso, en el texto desaparece el término de ciencias humanas, siendo reemplazado por el de humanidades; o sea, haciendo equivalentes o sinónimas las expresiones de ciencias humanas y humanidades. De manera indicativa, la consulta del catálogo virtual de la Librería Gandhi de México tiene setenta y seis entradas para títulos con la expresión ciencias sociales y solamente nueve entradas para títulos con la expresión ciencias humanas, dentro de los cuales se encuentran las traducciones a lengua castellana del libro de Hans Georg Gadamer, *Diccionario de hermenéutica: una obra interdisciplinaria para las ciencias humanas* y del texto de Michel Foucault, *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Observemos cómo Gadamer no utiliza las expresiones más comunes en las teorías y en la bibliografía alemana.

De autores del ámbito hispanoamericanos, se encuentran textos de José María Mardones (2005, 2007) y de Nicanor Ursúa Lezaun (2004, 2006), quienes utilizan las expresiones conjuntas de ciencias humanas y sociales. Estos dos autores han realizado trabajos en equipo y pertenecen al área de la filosofía de las ciencias. Una búsqueda limitada a títulos, en la página web de La casa del libro de Madrid, nos da resultados proporcionalmente similares: ciento setenta y seis títulos con la expresión ciencias sociales y treinta con la expresión ciencias humanas, generalmente acompañada de la expresión sociales. Indudablemente, la colección bibliográfica es más grande porque aparecen publicaciones en lenguas catalana y gallega, además del grueso de libros en lengua castellana; igualmente incluye los títulos de

las publicaciones académicas periódicas. Si bien se puede dar por sentado que existe una utilización predominante del concepto de ciencias sociales, cabe preguntarse si para el conjunto de los autores y de los lectores ello significa una posición teórica. En la mayoría de los textos no aparece una “proclamación” explícita de las razones de orden teórico que justifiquen la utilización de una determinada expresión. En ese sentido, Dortier parece tener razón cuando señala que el uso mayoritario de una determinada expresión está basado en las tradiciones académicas de un Estado o conjunto de Estados. Cada expresión aparece, así, como autojustificada en sí misma.

Dentro de los textos traducidos del francés al castellano encontramos dos conocidos manuales, el del politólogo francés Duverger (1972) y el de los sociólogos belgas Quivy y Campenhoudt (1999), los cuales en sus versiones originales utilizan la expresión de ciencias sociales; o sea, que en el área francófona existen corrientes que utilizan expresiones diferentes a la de la tendencia mayoritaria. En ninguno de los dos libros hay una argumentación sobre el uso del término escogido y ni siquiera se hace mención del término de ciencias humanas. Los sociólogos belgas, desde la perspectiva conceptual, se plantean la cuestión de la diferencia entre la ciencia social y la investigación social. Por su parte, Duverger dedica la extensa Introducción, intitulada “Las ciencias sociales”, a la cuestión de la noción –tanto en singular como en plural–, la composición y estructuras de las mencionadas ciencias. Con relación a la definición, señala:

A primera vista, la noción de ciencia social parece fácil de definir. Las ciencias sociales estudian al hombre que vive en sociedad, el “animal político” de Aristóteles, analizando los grupos humanos, las colectividades, las comunidades. Pero, en realidad, incluso la noción de grupos humanos es difícil de precisar; una simple aglomeración de individuos –por ejemplo: la gente que hace cola a la puerta de un cine– no constituye una verdadera colectividad (pero puede llegar a serlo). Además, decir por una parte que las ciencias sociales estudian “al hombre que vive en sociedad” y, por otra, que analizan “los grupos humanos”, no es afirmar la misma cosa; ambas expresiones no son sinónimas, sino que en el primer caso se pone el acento sobre los miembros del grupo y en el segundo sobre la comunidad. De hecho, las ciencias sociales se encuentran todavía divididas por graves conflictos que conciernen a su mismo objeto y noción.

[...] La definición de las ciencias sociales como “ciencias de los fenómenos sociales” es la más general y la más neutra, y aunque da lugar a discusiones acerca de la noción de los “fenómenos sociales”, no hay duda que éstas [las ciencias sociales] resultan más concretas, pues se refieren a cada uno de los caracteres de los fenómenos (Duverger, 1972, pp. 18-19).

Más adelante, refiriéndose a la economía, precisa cómo detrás de los conceptos de microeconomía y macroeconomía se encuentran dos concepciones de la disciplina y de la sociedad. La primera se centra en los individuos y sus interrelaciones, mientras que la segunda considera a los conjuntos humanos, los grupos y sociedades. Los economistas liberales siguen esencialmente orientaciones microeconómicas, mientras los economistas keynesianos y socialistas desarrollan los análisis macroeconómicos. En la ciencia política se afrontan aquellos que la definen como ciencia del Estado y aquellos que la consideran como ciencia del poder (1972, pp. 66, 72). Aquí, es interesante subrayar –con el autor– cómo hay una interrelación estrecha entre los conceptos, las concepciones de mundo y las teorías que generan sus definiciones.

Desde el punto de vista institucional, a nivel de toda la región existe el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), institución interestatal no-gubernamental dedicada a la investigación social que “contribuye a repensar, desde una perspectiva crítica y plural, la problemática integral de las sociedades latinoamericanas y caribeñas” y, por otra parte, las diversas sedes de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), institución creada por acuerdo de varios Estados de la región.

En un ámbito supraestatal mundial, recordemos cómo la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) diferencia, con base a los alcances metodológicos, las ciencias sociales de las ciencias humanas. En la página web de la institución aparece la entrada ciencias sociales y humanas, y existe una Sub-dirección General para el sector de las ciencias sociales y humanas, la cual publica el boletín trimestral *SHSperspectivas*. Toda esta información daría a entender que los dos tipos de ciencias son tratados en conjunto. En realidad, la principal revista del sector tiene por nombre *Revista internacional de ciencias sociales (RICS o RISS* por su siglas en castellano y en inglés o francés) y en actividades como congresos, foros, encuentros, coloquios, entre otros, utilizan la expresión ciencias sociales de manera independiente, como por ejemplo el 1er Foro Mundial de Ciencias Sociales reunido en Bergen, Noruega, del 10 al 12 de mayo de 2009 gracias a la convocatoria de la UNESCO. Institucionalmente existe la División de la investigación y de las políticas en ciencias sociales y el Consejo de las ciencias sociales. En las publicaciones periódicas, aun cuando el índice general hace referencia a los dos grupos de ciencias, la revisión del listado de títulos de los años 2002 a 2007 muestra una utilización casi exclusiva del concepto de ciencias sociales. En las ediciones de libros aparece el catálogo con la sección Ciencias sociales y humanas, pero la colección se llama Estudios en ciencias sociales y uno de sus libros se intitula *Les sciences sociales dans le monde* (UNESCO, 2002), publicado –de

manera aparentemente paradójica– en coedición con la *Maison des sciences de l'homme*, la cual ya sabemos que está ligada institucionalmente con la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*. En la información de la página web institucional no aparece ninguna explicación sobre la prioridad efectiva dada al concepto de ciencias sociales.

Desde una perspectiva igualmente supraestatal, está el trabajo de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales durante los años 1993 a 1995, conformada por diez académicos de diferentes Estados y disciplinas (seis de las ciencias sociales, dos de las humanidades y dos de las ciencias naturales), y fue coordinada por Immanuel Wallerstein. La Comisión delimita de una manera restrictiva el grupo de las ciencias sociales (historia, economía, ciencia política, sociología y antropología) explicando las razones de organización universitaria por las cuales no incluyen la geografía, la psicología ni el derecho. El aspecto a destacar del informe de la Comisión, son sus análisis sobre las evoluciones diacrónicas del conjunto de las ciencias sociales y sus sugerencias a futuro para plantearse las cuestiones de las interrelaciones complejas de la naturaleza y los seres humanos, de las implicaciones de la superación del estadocentrismo y del parroquialismo dominantes mediante “la búsqueda de un universalismo pluralista, renovado, ampliado y significativo” (Wallerstein, 2003, p. 97).

En el caso de la temática presente, la perspectiva de superación del estadocentrismo no es tarea fácil. En varias oportunidades hemos señalado cómo las ciencias sociales, en tanto que fenómenos históricos, están ligadas con la construcción del Estado moderno, el cual, como lo recalca Dubet utilizando la expresión Estado-nación, se asimila a la Sociedad. Es por ello que en este texto hemos hecho referencias a las tradiciones académicas estatales o de áreas conformadas esencialmente por Estados. Aun cuando en los dos últimos párrafos hemos hecho referencia a ámbitos supraestatales, la cuestión estadocéntrica no desaparece completamente. En los casos de la UNESCO y de la FLACSO, las entidades que suscriben y adhieren a ellas son los Estados. Solo en el caso del CLACSO y de la Comisión Gulbenkian, la participación no tiene origen estatal. A pesar de estas precisiones, no podemos dejar de hacer referencia a otro contexto estatal, el de la República de Colombia.

Al igual que en toda Hispanoamérica, en las instituciones académicas colombianas predomina la utilización de la expresión ciencias sociales. En los programas de estudios de la educación primaria y básica se denomina como ciencias sociales, integradas a los cursos donde se trabaja alrededor de la historia y la geografía, esencialmente. Al igual que en la República de México y el Estado español, las ciencias sociales escolares son las dos dis-

ciplinas mencionadas. En las universidades existen bien sea las facultades, departamentos y/o carreras de ciencias sociales, con la particularidad de estar orientadas a formar docentes de ciencias sociales. Existen, de otra parte, las carreras por disciplinas sociales específicas, aun cuando sus inicios son relativamente tardíos, sobre todo en el caso de las carreras de historia y geografía. Un caso particular es la Facultad de ciencias humanas de la Universidad Nacional sede Bogotá, paradójicamente creada en sus inicios alrededor de la carrera de Sociología. Actualmente existen las carreras de Antropología, Filosofía, Geografía, Historia, Lenguas extranjeras, Lingüística, Estudios literarios, Psicología, Sociología y Trabajo social. Existen en forma separada las facultades de Ciencias económicas y la de Derecho, Ciencias políticas y sociales. Cabe preguntarse las razones de la escogencia de dicho nombre. ¿Sería, en los años cincuenta, para diferenciarse de la Licenciatura de ciencias sociales de la Facultad de educación, orientada a la formación de docentes? En la sede de Medellín se sigue la misma orientación, pues se crea la Facultad de Ciencias humanas y económicas con las carreras de Historia –la cual es anterior a la de la sede de Bogotá–, Economía y Ciencia política. En la Universidad de Antioquia existen, en forma separada, las facultades de Ciencias económicas y Ciencias sociales y humanas. En la Universidad del Valle existen las facultades de Humanidades y de Ciencias sociales y económicas. En la Facultad de humanidades se estudian las carreras de Geografía y de Historia, y las licenciaturas de formación de docentes tanto en Historia como en Ciencias Sociales; en la Facultad de Ciencias sociales y económicas están las carreras de Sociología y Economía. En la Universidad Distrital Francisco José de Caldas existe el Proyecto curricular de ciencias sociales con la Licenciatura en educación básica con especialización en ciencias sociales dentro de la Facultad de Ciencias y educación. En la Universidad Pedagógica Nacional existe la Facultad de Humanidades con las licenciaturas en filosofía, en ciencias sociales y en humanidades (en español y lenguas extranjeras y en español e inglés). ¿Por qué los programas de lenguas reciben el nombre de humanidades? Como se puede observar, además de la tendencia general, existen ejemplos que muestran las diferencias de organización y de contenido de las instituciones universitarias. Pero queda siempre el interrogante sobre las razones de orden teórico que puedan sustentar la escogencia de una denominación.

A nivel de organización general de las actividades académicas y de investigación, en el Consejo Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación (COLCIENCIAS) existen, entre otros, el Consejo del Programa Nacional de Ciencias Sociales y Humanas y el Consejo del Programa Nacional de Estudios Científicos de la Educación. El Consejo Nacional de Acreditación

(CNA) establece, entre otras, las áreas de conocimiento de Ciencias sociales, Derecho y Ciencias políticas, de Humanidades y Ciencias religiosas, de Ciencias de la educación y de Economía, Administración, Contaduría y afines. La Comisión Nacional Intersectorial de Aseguramiento de la Calidad de la Educación Superior (CONACES) tiene, entre otras, la Sala de Humanidades y ciencias sociales, la Sala de Ciencias de la educación y la Sala de Ciencias económicas y administrativas. Las tres instituciones son parte integrante del aparato estatal; el CNA y el CONACES dependen directamente del Ministerio de Educación Nacional. Sin embargo, la nomenclatura utilizada para denominar los sectores de la academia y la investigación, aunque obviamente se parezcan, no es la misma. Parecería que las denominaciones se dieran como si ellas no significarán tomas de posiciones frente al conocimiento y la academia.

En cuanto a las publicaciones académicas, se hace uso preferencial a la expresión de ciencias sociales (Jiménez y Torres, 2004, Vega, 2007, 2v.). Así, por ejemplo, los módulos publicados por el Instituto Colombiano de Fomento a la Educación Superior (ICFES) con destino a la Especialización en teoría, métodos y técnicas en investigación social, se centran en las ciencias sociales, específicamente en la Sociología, la Psicología social, la Educación y la Ciencia política (ICFES-ASCUN, 1996, 7 v.). Dos textos surgidos de actividades académicas de la Facultad de ciencias sociales de la Universidad de los Andes muestran un contraste en sus títulos [Leal y Rey (Eds.), 2000, Camacho (Ed.), 2004]: mientras el primero utiliza la expresión ciencias sociales, el segundo emplea la de ciencias humanas. Uno se pregunta por qué aparece la expresión de ciencias humanas en el título del segundo libro, cuando en el conjunto de textos está mencionada de manera fortuita. Por el contrario, el editor en la presentación únicamente hace referencia a las ciencias sociales y, sobre todo, a los científicos sociales. Es más, en la página editorial aparece como palabra clave las ciencias sociales, mientras que la expresión de ciencias humanas no aparece. Tal vez, el encargado de hacer la carátula introdujo la expresión de manera inconsulta. En las dos actividades se trata de escuchar los testimonios de científicos sociales investigando sobre la realidad de la sociedad colombiana. La invitación a participar en las dos jornadas académicas es diferente desde el punto de vista cuantitativo y, por ende, hay una mayor amplitud de disciplinas representadas a través de los testimonios de los investigadores en las jornadas del año 1999 con relación a la del año 2003. En la primera, convocada para debatir sobre los números 3 y 4 de la *Revista de estudios sociales*, están representadas –a veces por varios investigadores– la Sociología, la Economía, la Politología, la Antropología, la Filosofía, la Geografía, la Historia, la Psicología, los estudios sobre las comunicaciones, los estudios de género, la educación y el urbanismo; en la segunda actividad, convocada por

el Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales (CESO), solo están representadas la Antropología, la Historia, la Politología, la Psicología, la Filosofía y los estudios sobre las comunicaciones.

Un caso similar se presenta con el libro *Investigar en ciencias humanas*, publicado por la Facultad de humanidades de la Universidad del Valle (Urquijo, 2002). Así, en los títulos de las contribuciones, se utilizan las expresiones bien sea de ciencias humanas o de ciencias sociales, o de ciencias humanas y sociales. En la Introducción se utilizan las anteriores y la de humanidades. En la compilación se publica un texto del *Groupe de travail sur l'avenir des humanités* (Grupo de trabajo sobre el futuro de las humanidades) presentado al *Conseil de la recherche en sciences humaines* (Consejo de investigaciones en ciencias humanas) de Canadá. En dicho texto se utiliza el concepto de ciencias humanas. Este Estado, donde la población es en su mayoría anglosajona, pero con dos idiomas oficiales, utiliza –al menos en francés– la expresión de la tradición académica francesa.

En los dos casos y los tres libros, lo indicativo con relación a la cuestión conceptual, es que todas las expresiones, especialmente las de ciencias sociales y ciencias humanas, aparecen bien sea como intercambiables entre sí o como sinónimas. Las reflexiones y fundamentaciones sobre la utilización de una u otra de las expresiones se encuentran ausentes en la mayoría de textos. Una excepción es “Medio siglo de historia colombiana: notas para un relato inicial” de Jorge Orlando Melo, quien haciendo referencia a la historia-disciplina, comienza por señalar lo siguiente:

La historia es una ciencia difícil de conceptualizar: se mueve en un espacio fronterizo entre las ciencias sociales y las humanidades. En cuanto ciencia social, su estatuto epistemológico es incierto: ¿Debe buscar su solidez en la adopción de los principios y fundamentos propios de las ciencias sociales, y aspirar a desarrollar un saber basado en leyes y regularidades, en cierto modo afín a las ciencias naturales? ¿O su única posibilidad de ser reconocida como ciencia depende de la definición de un tipo especial de conocimiento, cuyas tareas de aprehensión de la realidad se apoyan, más que en la ley y la búsqueda de la generalidad, en la comprensión, la interpretación, la descripción, delgada o profunda, o la tipificación? En cuanto rama de las humanidades, es una forma de conocimiento en el que la forma narrativa que predomina en su estilo de exposición la acerca a los procedimientos de la literatura, a una retórica particular que parece ajena a la ciencia y justifica muchas de las argumentaciones que, en años recientes, reducen la historia a un discurso indemostrable y en buena parte arbitrario.

Un debate amplio sobre estos temas no se ha dado nunca en Colombia, aunque los historiadores han usado con prolijidad argumentos

provenientes de una y otra vertiente. Sin embargo, independientemente de que pueda argumentarse de manera sólida el carácter científico de la ciencia, la primera comprobación que vale la pena hacer, al ofrecer una imagen de conjunto de las formas que ha adoptado la historiografía colombiana en los años posteriores al restablecimiento democrático de 1958, es, al menos hasta ahora, haber dominado la idea de que la historia es una práctica científica, y que la adopción de procedimientos y de métodos científicos diferenciaba las nuevas formas de trabajo histórico de los tipos de narración histórica que caracterizaron la historiografía tradicional o académica. La historia hecha en las universidades a partir de la década de los sesenta, la historia recogida en las nuevas revistas académicas, de una y otra forma reivindicaban su carácter de conocimiento objetivo y verificable y su inscripción en el mundo de las ciencias sociales.

La tensión entre lo que vino a conocerse como “nueva historia” e historia académica fue por ello uno de los elementos centrales del desarrollo de la disciplina histórica: los “nuevos historiadores” –que en general, aunque con algunas excepciones, eran los historiadores que trabajaban en las universidades– se sentían miembros de un grupo que seguía procedimientos rigurosos y metodologías sólidas, mientras que veían a los historiadores académicos como aficionados dedicados a una práctica histórica elemental, de un empirismo ingenuo, guiada por curiosidades frívolas usualmente motivadas por el origen familiar o por el interés de promover valores sociales entre los lectores, más que por el de conocer verdaderamente el trascurso de nuestra historia. Mientras tanto, los historiadores ajenos a la universidad tendieron a ver en los nuevos historiadores un grupo aún más empeñado que ellos en una prédica ideológica, en la medida en que los identificaron con posiciones políticas radicales o revolucionarias, y asumieron con vigor la defensa de supuestos valores tradicionales del país, amenazados por las visiones económicas o sociales de nuestro pasado (2000, p.153-154).

O sea que según la concepción del mundo y del conocimiento, la caracterización de su objeto, la práctica de la investigación, los tipos de resultados obtenidos y la manera de presentarlos, la Historia hace parte, bien sea de las Humanidades o, por el contrario, es una de las Ciencias sociales. Así, un saber, un conocimiento, una disciplina, una ciencia, puede ubicarse en varios de los conjuntos de clasificación según la cosmovisión, la teoría, la epistemología y la investigación que sustentan la orientación dada al conocimiento específico. Recordemos cómo Duverger, en el caso de la economía, señala que las concepciones de la sociedad y de la producción y distribución de la riqueza marca la diferencia entre macro y microeconomía. A lo largo del texto hemos subrayado cómo los conjuntos de disciplinas y ciencias –según las múltiples clasificaciones– se entrecruzan y se intercam-

bian. En especial en el caso de las ciencias sociales y las ciencias humanas, hemos visto esta situación que señalamos como ambigua e incoherente. Aun cuando consideramos que estas caracterizaciones son ampliamente posibles, estas situaciones pueden explicarse, en diversos casos, por la toma razonada y explícita de posiciones teóricas, epistemológicas y metodológicas. Esto significa que, yendo más allá de las tradiciones académicas estatales y supraestatales, debemos plantearnos las posiciones que para algunos autores justifican la utilización de una u otra expresión, dándole así un sentido verdaderamente conceptual.

Una cuestión de concepción teórica y epistemológica

Tanto Maurice Duverger como Jorge Orlando Melo nos muestran cómo al interior de una disciplina puede existir la controversia teórica, conceptual y metodológica. En el caso de las ciencias económicas, ello genera bloques diferenciados dentro de la disciplina; en el caso de las disciplinas históricas, se pueden clasificar bien sea como ciencias sociales, como humanidades o como ciencias humanas, según las concepciones disciplinares. Esta situación se presenta igualmente en el debate entre los historiadores Renouvin y Braudel sobre la clasificación de la disciplina histórica como integrante de las ciencias sociales. Situaciones tales pueden generar, como en el caso del libro de Pierre Chaunu –mencionado al principio del texto– la utilización intercambiable de los dos conceptos de clasificación de las ciencias. Sin embargo, esta posible explicación del origen de la situación no elimina la ambigüedad ni resuelve, sobre todo, las cuestiones de orden teórico, epistemológico y conceptual.

Sin olvidar que en varias oportunidades hemos hecho referencia a la cuestión teórica, como en los casos que acabamos de mencionar, si queremos profundizar en la cuestión, debemos volver a la academia francesa, pero no en la perspectiva de la tradición estatal sino, por el contrario, en la perspectiva de las escuelas de pensamiento que se ubican, en el fondo, más allá de dicha tradición, planteándose las cuestiones teóricas que puedan sustentar, de una parte, la utilización de un concepto preferencialmente con relación a los otros o, de otra parte, la selección de las disciplinas de un conjunto clasificatorio. Dentro de esa perspectiva se ubica de manera explícita y categórica *La Société française pour l'histoire des sciences de l'homme* (SFHSH), la cual ha organizado varios encuentros y debates alrededor de los procesos históricos de las ciencias humanas en su conjunto o de manera independiente. Aunque no aparece como una expresión oficial de la mencionada sociedad, un buen grupo de asociados la publica en la colección *Histoire des sciences humaines* de la editorial L'Harmattan, dirigida por

Claude Blanckaert. Observemos, sin embargo, cómo se intercambian dos expresiones: ciencias del hombre y ciencias humanas. Con motivo de los diez años de existencia de la SFHSH, se organizó un coloquio internacional cuyas contribuciones han sido publicadas en la citada colección. En la Introducción, Blanckaert precisa la concepción de la Sociedad con respecto a las ciencias del hombre:

La historia de las ciencias del hombre y de la sociedad se sitúan en Francia en el cruce de las disciplinas, de la filosofía y de la sociología de los saberes y del saber-hacer. [...] Se trata de comprender el devenir de las ciencias humanas en sus movimientos de fondo y en sus peripecias superficiales.

[...] Nosotros encontramos la complejidad y, con ello, el beneficio del trabajo colectivo. Cuando los criterios historiográficos comenzaron a desligarse de las dependencias epistemológicas de herencias incuestionables, los métodos y las problemáticas de la historia de las ciencias del hombre se regularizaron, por isomorfismo y apertura decisiva hacia la investigación internacional.

[...] La fuerza de la Sociedad [SFHSH] tiene sustento en su red de conocimientos que van desde los aspectos biomédicos de la investigación hasta las ciencias de la gestión. Desde su creación, su marco de estudios recubrían en extensión y en comprensión la síntesis de los saberes, de los programas de investigación, de las instituciones, históricamente ligados al análisis científico del “fenómeno humano” en sus aspectos cualitativos y cuantitativos.

[...] Combinando sus experiencias, los historiadores aceptan que sus puntos de vista se complementen sin oponerse y que más allá de las perspectivas de orientación o de las clasificaciones “disciplinarias” modernas, la historia de las ciencias del hombre se genera de una noción unitaria de su objeto de investigación. La Sociedad desde un comienzo marcó con su nombre su diferencia con respecto al departamento de las “Ciencias del hombre y de la sociedad” del CNRS [Centro Nacional de la Investigación Científica]. Por solicitud de los especialistas de los estudios “físicos”, la geografía, la antropología y la medicina, se abandona, en las palabras pero no en las ideas, la vertiente sociológica, para consagrar en su nombre la universalidad del concepto de hombre en todas sus determinaciones. A decir verdad, esa escogencia se ha revelado correcta. No solamente por sus resonancias filosóficas y morales, que se mantienen en el horizonte de nuestras investigaciones, sino por su eficacia histórica.

Se ha dado así a la idea genérica del hombre y a la de un humanismo de convicción sus más grandes alcances, ahí donde, precisamente, los criterios epistemológicos se distorsionan y se deshacen las posiciones

que nosotros creíamos conocer bien. Desde esta perspectiva, la historia de las ciencias del hombre asume una dimensión marcadamente cultural, modificando nuestra percepción teórica de los sistemas sociales y desplazando a una buena distancia las imágenes envejecidas corrientemente asociadas a la noción misma de la ciencia. Ella es a su turno una actividad de producción de lo humano, de sus modelos históricos y de su incesante transformación. Ella participa así de una Anthropopoiësis (1999, pp. 9-19).

Según Blanckaert, para la SFHSH la función y el papel de la historia de las ciencias del hombre es de tal manera fundamental, que participa en la actividad de creación del mismo “hombre”, del “fenómeno humano”, en calidad de objeto de las ciencias del hombre. De otra parte, el autor comienza utilizando la expresión “ciencias del hombre y de la sociedad” para precisar más tarde que la SFHSH ha tomado distancia teórica de dicha expresión porque abandona el término “sociedad” para darle prioridad a “ciencia del hombre”, con todas las implicaciones teóricas que la denominación plantea para la configuración de su objeto de investigación y su cosmovisión. Para ellos, no es tanto el desconocimiento de la dimensión social del hombre sino el énfasis manifiesto en el “fenómeno humano”. A partir de esto, también se puede comprender la utilización conceptual de las denominaciones de ciencias humanas y ciencias del hombre. En ese mismo coloquio, Fernando Vidal (1999, pp. 61-77) mostraba cómo en el siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, la expresión “ciencia del hombre”, en singular, correspondía a una visión totalizadora de la realidad del “fenómeno humano”. El surgimiento de diversas ciencias del hombre no significa solamente un cambio cuantitativo sino también una diferente concepción teórica, epistemológica y metodológica del hombre y su conocimiento. Teniendo claro esta diferencia tajante, sin embargo, podemos señalar que los conceptos de ciencia del hombre, ciencias del hombre y ciencias humanas tienen en común el énfasis dado al “fenómeno humano”. Hacer referencia al hombre no significa necesariamente plantear una perspectiva basada en el individualismo. Pero no la excluye. Recordemos la toma de posición de Mesure y Savidan, de la preeminencia dada al individuo como base para sustentar la denominación de ciencias del hombre y, –sin que traicionemos el pensamiento de los autores– la de ciencias humanas:

De otra parte, en un mundo en plena transformación, trabajado cada vez más, por la lógica del individualismo democrático, ellas dan constancia que es al individuo a quien hay que tomar en serio, ese autor ciertamente inmerso en contextos sociales e históricos que lo limitan y lo condicionan, pero es de él de quien se trata de captar el sentido de su acción. Más que nunca, ellas ameritan ese calificativo de “ciencias

del hombre”, del cual ellas no deben sino enorgullecerse (Mesure y Savidan, 2006, pp. 8-9).

En el *Dictionnaire*, Jean-Michel Berthelot es el autor de la entrada “Epistemología de las ciencias humanas”. En ese texto, él señala las dificultades que plantea la cuestión:

Comprender lo que puede cobijar el intitulado “epistemología de las ciencias humanas” implica, de manera banal, explicitar los términos. Los dos elementos que lo componen son problemáticos [...].

[...] ¿qué recubre la denominación “ciencias humanas”? ¿A cuál se opone ella? ¿A las ciencias de la naturaleza o a las ciencias sociales? En un caso, ella apunta, frente al orden natural, al orden de lo humano del cual hace parte la sociedad; en el otro caso, ella especifica, en el seno del orden humano, una perspectiva que se distingue, a pesar de las proximidades de objeto, de aquella de las ciencias sociales.

[...] los rasgos que tradicionalmente aparecían como típicos de lo humano –la afectividad, el pensamiento, la cultura– están presentes en contextos no humanos y son abordados por disciplinas que pertenecen al campo de las ciencias de la naturaleza. Es más, esas disciplinas –neurociencia, inteligencia artificial, etología, primatología, paleontología...– informan a las ciencias humanas y se convierten para ellas en fuente de inspiración o de rechazo.

Retengamos entonces, como definición minimalista, que son cubiertas por la denominación “ciencias humanas”, las diversas disciplinas que, en sus dominios y sus objetos, reencuentran lo humano a través los términos tradicionales señalados en el párrafo anterior. Si ellos son hoy en día objeto de reevaluación, ello no hace sino aportar nuevas luces a la cuestión central que preocupa la epistemología de las ciencias humanas: ¿existe, sí o no, una especificidad epistemológica de estas disciplinas? (2006, pp. 378-382).

El autor –en los párrafos anteriores– nos deja la clara impresión de la dificultad de precisar una definición amplia del conjunto de las ciencias humanas. Hasta ahora, solamente se insinúan algunas vías de respuesta al interrogante propuesto. Retomando los planteamientos de Adorno, nos faltaría darle prioridad a una definición –en este caso– del hombre y de lo humano a partir de una teoría, para lograr avanzar en la especificidad epistemológica de las ciencias humanas. Además, aun cuando en varios de los diccionarios especializados aparece la entrada humanismo o humanidades, nunca aparecen las entradas hombre, humano ni ciencias humanas.

Berthelot plantea la existencia de diferencias, aun de oposiciones, entre ciencias humanas y ciencias sociales. Él es un especialista de la cuestión epistemológica de las ciencias sociales. Esto nos muestra, de una parte, el grupo reducido de especialistas de la epistemología de estos dos grupos de ciencias, pero, de otra, las interrelaciones y entrecruzamientos entre estos dos conjuntos; y, por ende, las dificultades, a precisar, los elementos diferenciales existentes entre ellas. El mismo Berthelot, refiriéndose a un grupo de cuatro ciencias sociales propone denominarlas “las ciencias de lo social”:

Este capítulo está consagrado a cuatro disciplinas que llamamos a veces “ciencias sociales” en una acepción estrecha del término: la sociología, la etnología, la demografía y la psicología social. Con el fin de evitar las confusiones, hablaremos de “ciencias de lo social”. Esta definición no es plenamente satisfactoria y continúa siendo ambigua. Pero las interrelaciones entre las disciplinas en el seno de las ciencias sociales y humanas son tan amplias y complejas que toda delimitación es parcialmente arbitraria. ¿Por qué no tratar cada disciplina de manera separada? ¿O considerar únicamente la sociología, la etnología y la demografía? ¿Por qué separar así la psicología social del resto de la psicología y la antropología cultural y social (otro nombre de la etnología) de la antropología física y de la paleontología? ¿Por qué no agregarles las ciencias políticas? Las fronteras entre disciplinas son, a la luz de sus historias, tan porosas y fluctuantes que se pasa de la una a la otra sin una verdadera delimitación. En un tal contexto, todo reagrupamiento es cuestionable.

Lo esencial, sin embargo, es que este reagrupamiento pueda tener sentido con relación a una meta clara. [...] Nuestra hipótesis general es que las cuatro disciplinas escogidas participan de un espacio epistémico común, o sea, de un espacio de conocimiento donde, más allá de sus diferencias y tendencias, es posible revelar movimientos y procesos de naturaleza similar. Trataremos entonces, a lo largo de este texto, de conjugar permanentemente aquello que es específico a cada una con lo común a las cuatro.

[...] ¿Por qué establecer una distinción si ellas tienen el mismo objeto, la sociedad? ¿De cuáles fenómenos específicos puede ocuparse la psicología social que no puedan tratar bien sea la psicología, bien sea la sociología? Preguntas aparentemente ingenuas, pero que permiten cuestionar el fundamento de las delimitaciones disciplinarias: ellas no resultan ni de una segmentación “natural” del orden de las cosas ni de un plan racional del conocimiento; ellas son las herederas y los productos continuamente reelaborados de una historia que no es solamente una historia de las ideas sino igualmente una historia de la producción social de conocimientos y de saberes, de la construcción de dispositivos prácticos de conocimientos, dentro de los cuales se moldearon los procedimientos, se han configurado los esquemas

de pensamiento y de acción, que, más allá de su renovación y de sus contactos permanentes, continúan estando activos. Así, aunque vecinas en su definición y en su objeto, nuestras cuatro disciplinas son por el contrario muy alejadas en la larga duración y la arqueología de su historia (2006, p. 203-265).

Berthelot, desde una concepción de la filosofía y la epistemología analítica agrega, a las cuestiones que se han subrayado sobre la distinción conceptual entre el grupo de ciencias humanas y el grupo de las ciencias sociales, basado en la cosmovisión y en el énfasis dado bien sea al hombre (al “fenómeno humano”) o a la sociedad (al “fenómeno social”), la cuestión de los procesos temporales endógenos en la construcción y en la utilización práctica de los conocimientos alcanzados por una ciencia en particular. Podríamos decir que ante las dificultades encontradas para definir y delimitar los conjuntos de ciencias, se podría justificar la tendencia a no conceptualizar y a utilizar de manera intercambiable los conceptos como si fueran sinónimos. Por el contrario, de acuerdo con Berthelot, consideramos que la complejidad y las dificultades generadas por todos estos elementos hacen necesario plantearse la cuestión teórico-epistemológica y, por lo menos, hacer una reflexión profunda para acercarnos a respuestas enmarcadas en una concepción teórica determinada.

Si bien podemos diferir en las concepciones del mundo y de las ciencias sociales, consideramos que Berthelot aporta a la cuestión con la importancia dada a subrayar la dificultad de la tarea. En la introducción al libro dirigido por él, indica, por un lado, las razones por las cuales se seleccionan las disciplinas escogidas como parte integrante de las ciencias sociales (las ciencias históricas, la geografía, la ciencia económica, las ciencias del lenguaje y de la comunicación y las cuatro ya mencionadas ciencias de lo social, o sea, la sociología, la etnología, la demografía y la psicología social) y, por otro lado, señala las razones para no incluir otras disciplinas, dando así respuestas a cuestiones pertinentes:

Detrás de la modestia del proyecto analítico se disimula la conciencia de las dificultades de la tarea: ¿Qué entender exactamente por “ciencias sociales”? ¿Cuáles disciplinas incluir o excluir? [...]

Era necesario delimitar el campo de las ciencias sociales. Una rápida mirada panorámica pone de manifiesto la dificultad y aquello que, en nuestra selección, puede parecer arbitrario. ¿No se debía integrar las ciencias políticas, las ciencias jurídicas, las ciencias del texto, la psicología y el psicoanálisis? Si no, ¿por qué acordar ese privilegio a la historia o a la geografía o a la lingüística? Y con mucha mayor razón que entre esos espacios disciplinares y aquellos retenidos las interrelaciones son cada vez más numerosas y densas.

Digámoslo claramente, la objeción es válida. Sin embargo, nuestras razones no son malas razones ni las consecuencias de nuestras escogencias tienen efectos negativos. Se pueden resumir así:

a/ argumento pragmático: era necesario decidir; bien sea escoger un espacio amplio, arriesgando de tratarlo de manera superficial, segmentada y a vuelo de pájaro; o bien sea, de disminuir el perímetro pertinente y proceder a una construcción por niveles significativos;

b/ argumento teórico: las ciencias jurídicas y las ciencias políticas conceden una gran importancia a los juicios normativos y a sus fundamentos. En esos dominios, la perspectiva tradicional de las ciencias sociales –aun si ellas están presentes en las dos mencionadas ciencias– es diferente: ellas buscan explicar los factores que determinan un universo normativo y comprender las razones que tienen los actores para suscribir a la norma. La psicología interfiere con las ciencias sociales por medio de la psicología social. Pero su núcleo está orientado esencialmente hacia los fundamentos orgánicos de los estados mentales. Las ciencias del texto solicitan numerosas referencias ligadas a las ciencias sociales; pero, bien sea, ellas se definen por un objeto específico, abordado de manera pluridisciplinaria, o bien sea, ellas se valen de un programa hermenéutico y textualista que no les pertenece. En cada uno de estos casos, las interrelaciones con las ciencias sociales son múltiples, fecundas y merecen el análisis. Más adelante las encontraremos, leyendo uno u otro texto. Por el contrario, las disciplinas seleccionadas parecen tener en común un elemento central: todas ellas son, dentro de su propio espacio, orientadas a problematizar las formas de interacción entre “actuales”, cualquiera que sea el nombre que se les confiera (agentes, actores, locutores, fuerzas sociales, instituciones...), el nivel de análisis escogido (el de las estructuras o el de los procesos) o la forma explicativa seleccionada (por modelos o por relatos). Por supuesto, esos “actuales” son, en última instancia, hombres, y, detrás de su representación del mundo, histórica y culturalmente marcada, la cuestión de sus estados mentales le corresponde a la psicología. Ellos actúan igualmente en universos sociales y culturales con normas, apoyándose en reglas y tradiciones jurídicas determinadas. No obstante, aquello que tienen en común las diversas disciplinas incluidas, en las dimensiones o en los sectores definidos de la realidad social que ellas abordan –el tiempo histórico, el espacio, el intercambio de bienes, la comunicación...–, es interesarse por fenómenos que siempre tienen efectos –inmediatos o cristalizados– o modalidades –formales o informales– generados por y entre “actuales”;

c/ resultados no negativos: aún si estos argumentos son susceptibles de ser cuestionados –hay tan poco consenso en las ciencias sociales que uno se pregunta por qué, milagrosamente, si lo habría en este

caso—, la selección realizada nos parece más bien positiva: en un universo particularmente complicado, circunscribir un primer círculo y darse la posibilidad de una exploración seria y concisa asegura una cierta densidad de los resultados; las vías por las cuales las disciplinas excluidas están presentes se encuentran parcialmente en los diversos textos; el aparato conceptual construido a lo largo de esta obra, aún si el mismo es diverso y no totalmente unificado, permitirá, posteriormente, un posible análisis de esas disciplinas, lo cual puede llegar a ser la base para una discusión amplia (2001, pp. 2, 11-13).

La selección efectuada por Berthelot puede ser aceptada, rechazada o modificada por nosotros. Sin embargo, lo que nos parece significativo es la metodología utilizada por él para incluir o excluir a una u otra disciplina en el conjunto de las ciencias sociales, tal como lo hace en el argumento teórico. Los aspectos pragmáticos y de resultados son cuestionables y aleatorios, tanto que el autor mismo plantea la posibilidad de abordar en un futuro las cuestiones relativas a las ciencias excluidas con la profundidad y la metodología utilizada en el texto. Sin embargo, ellas no podrían hacer parte del primer nivel conformado por las seleccionadas, porque entonces el argumento teórico no tendría razón de ser. Ello, permite reafirmar que es en ese aspecto donde se halla el meollo de la conceptualización y la selección del conjunto disciplinar.

En otro contexto intelectual, en la ya citada *Enciclopedia delle scienze sociali*, en la entrada “Ciencias sociales”, Pietro Rossi subraya de manera explícita la necesidad de diferenciar la familia de las ciencias sociales con respecto al conjunto de disciplinas de las ciencias humanas por cuestiones de orden ontológico y epistemológico:

[...]

4 ¿Ciencias sociales o ciencias humanas?

Economía política, ciencia política, sociología, antropología tienen todas por objeto, al igual que las otras ciencias sociales, a la sociedad humana, en su estructura y en sus procesos. De ello se ha derivado la tendencia a identificar las ciencias sociales con las ciencias humanas, y aun a considerar las ciencias sociales como un aspecto o una “provincia” de un reagrupamiento más extenso: las ciencias del hombre.

[...] *En realidad, la equivalencia entre ciencias sociales y ciencias humanas o la inclusión de las ciencias sociales en la categoría de las ciencias humanas, obedecía a la tendencia a subrayar su heterogeneidad con respecto a las ciencias naturales. Esta tendencia tiene una base tanto ontológica como epistemológica. Desde la perspectiva on-*

tológica, la interpretación de las ciencias sociales en clave de las ciencias humanas respondía a la exigencia de trazar un límite preciso entre naturaleza y cultura, entre la esfera biológica y el “mundo humano”. Desde la perspectiva metodológica, por el contrario, ella respondía a la exigencia de sustraer las ciencias sociales del modelo epistemológico de las ciencias físicas (pero también biológicas), haciendo de ellas un edificio cognitivo independiente de estas disciplinas. El “mundo humano” podía entonces ser concebido como una realidad que se sustrae, por su peculiar estructura, a la búsqueda de leyes generales o por lo menos de regularidad que las ciencias sociales se habían propuesto originalmente.

[...] Hablar de ciencias sociales como ciencias humanas corresponde, viéndolo bien, a dos perspectivas epistemológicas no conciliables entre ellas. Aun cuando han querido distinguirse de otras disciplinas como la física o la biología, subrayando cada vez más una exigencia antireduccionista, las ciencias sociales, sin embargo, han siempre buscado en los fenómenos estudiados una regularidad de comportamiento. La perspectiva de las ciencias humanas es completamente diferente. Las antítesis como aquella entre explicación y comprensión o la recuperación de nociones como la de interpretación que caracteriza el recurso al análisis hermenéutico en las perspectivas fenomenológicas –con el sobreentendido que, a diferencia de los procesos naturales, aquellos “humanos” son susceptibles de una multiplicidad de interpretaciones entre ellas compatibles, y todas privadas de una posibilidad de verificación– muestran la distancia que separa, a pesar de transitorios contactos, las tradición metodológica de las ciencias humanas de aquella de las ciencias sociales (Rossi, 1997, pp. 667-668).

Dentro de la amplia bibliografía consultada, este es el único texto que plantea de manera explícita la cuestión de la caracterización teórico-epistemológica de las ciencias sociales y de las ciencias humanas, dándole a éstas expresiones un sentido conceptual. Además, a partir de las características endógenas de cada grupo de disciplinas, el autor llega a la conclusión de que los dos conjuntos son divergentes ontológica y epistemológicamente. A estas divergencias podemos añadir la cuestión del objeto de conocimiento de cada conjunto disciplinar. En el texto citado anteriormente, Rossi señala que el objeto de las ciencias sociales es la “sociedad humana”; éste último término genera la confusión con el grupo de las ciencias humanas. Así podemos señalar que mientras las ciencias humanas dan un énfasis al “fenómeno humano”, las ciencias sociales enfatizan en el “fenómeno social”. Por ende, desde esta perspectiva, los dos conceptos no son intercambiables ni sinónimos porque denominan dos tipos de objetos y de conocimientos científicos diferentes.

Conclusión

Hemos comenzado este texto señalando que como sustento de cada concepto existe una cosmovisión, una concepción teórica, epistemológica y metodológica específica. Los planteamientos desarrollados en la última parte del texto serían suficientes para ratificar la hipótesis inicial. Así, mientras Pietro Rossi caracteriza teórica, ontológica y epistemológicamente la familia de las ciencias sociales, diferenciándola categóricamente de las ciencias humanas, Claude Blanckaert señala explícitamente la cosmovisión para sustentar la denominación de las ciencias del hombre.

Sin embargo, sin renunciar al planteamiento inicial, consideramos que existen otros elementos a tener en cuenta para entender la utilización ambigua de los diferentes conceptos relativos a conjuntos de ciencias y de disciplinas que los conforman. Podemos señalar que en el campo conceptual, que gira alrededor de las ciencias sociales, se pueden distinguir dos grupos: de una parte, la ciencia del hombre, las ciencias del hombre, la ciencia humana y las ciencias humanas; de otra, la ciencia social, las ciencias de la sociedad, las ciencias sociales. Cada grupo se caracteriza por darle énfasis a un objeto de estudio específico: el primero, al hombre, al “fenómeno humano”, y el segundo a la sociedad, al “fenómeno social”. Utilizamos el concepto de “fenómeno” porque muestra la complejidad interna y las interrelaciones externas de dichos objetos de conocimiento. Desde el punto de vista metodológico, el primer grupo es caracterizado como ideográfico mientras el segundo es nomotético. Cuando señalamos esta clasificación, no lo hacemos desde una perspectiva de jerarquización cientificista de las ciencias porque, como lo señala Rossi, todas las ciencias están en la búsqueda de explicaciones y, como sostiene Bourdieu, de la verdad. En última instancia, la cuestión problemática no reside en el término ciencia(s) –aunque los debates han girado esencialmente en torno a ella– sino en la dificultad de definir el objeto, bien sea el hombre o la sociedad, lo humano o lo social. Dichos términos aparecen como evidentes en sí mismos, cuando son de una gran complejidad, la cual requiere analizarse, como lo reivindica Adorno para las ciencias sociales, desde una teoría crítica. Extrapolando, podríamos decir que todos estos objetos de conocimiento presentan dificultades analíticas que son las problemáticas de cada una de las ciencias.

Al interior de cada grupo, se presentan cosmovisiones y concepciones científicas y socio-políticas diferentes, las cuales muestran históricamente la existencia de entrecruzamiento de los dos grupos. La utilización del concepto de ciencia en singular, es en ambos grupos característica de una

perspectiva unitaria y holística del objeto de estudio. Además, tanto la *ciencia social* como la *ciencia del hombre* son proyectos científicos y socio-políticos que podrían aparecer similares, porque son defendidos por personas de los mismos círculos sociales y académicos. Aun cuando el concepto de *ciencia social* es el más utilizado, el de *ciencia del hombre* también es usado a veces por los mismos autores. Y podemos decir que los historiadores de las ciencias del hombre y los historiadores de las ciencias sociales tienden a utilizar los conceptos de manera indiferenciada, y señalan que el uso en plural del concepto de ciencias marca una ruptura en la cosmovisión y en la epistemología, sustentadoras de las ciencias sociales o de las ciencias humanas. Entre la ciencia y las ciencias no hay una continuidad sino una ruptura paradigmática.

Con la multiplicación de las ciencias –fenómeno de la modernidad– aparece la necesidad de hacer clasificaciones y seleccionar las ciencias que pertenecen a uno u otro conjunto. En el caso de las ciencias sociales y las ciencias humanas, la cuestión presenta una situación de algidez extrema. En los diccionarios especializados, una ciencia puede aparecer en uno u otro de los grupos. En la realidad práctica de las ciencias englobadas por los conjuntos de las ciencias sociales y las ciencias humanas, se presentan áreas o perspectivas que difieren completamente de otras dentro de la misma ciencia, lo cual permite clasificarlas en uno u otro de los conjuntos, teniendo en cuenta la perspectiva teórica y metodológica específica. En el caso de la disciplina histórica, por ejemplo, la perspectiva *événementielle* pertenece a las ciencias humanas, mientras que la perspectiva estructural pertenece a las ciencias sociales. Como en general en las clasificaciones no se hacen estas precisiones, ellas contribuyen a la confusión y a la utilización ambigua e indiferenciada. La clasificación y la selección de las disciplinas deben explicarse a partir del análisis teórico-metodológico endógeno, como lo hace Berthelot, para poder alcanzar una visión razonada. La clasificación y selección de las ciencias es una tarea epistemológica difícil, la cual debe explicitar la perspectiva teórica inspiradora y sustentadora de la tarea.

Más allá de las cuestiones teóricas, generadoras de debates indispensables en la vida académica y científica, un factor que favorece la ambigüedad y la falta de rigor en el uso de las expresiones es la tradición académica estatal o de área cultural. Cuando se utiliza la expresión común y corriente de la tradición, la tendencia general es a englobar todas las ciencias sin preguntarse sobre las bases teóricas y epistemológicas de dicha selección y, mucho menos, a diferenciar en cada ciencia las perspectivas diferentes. Como siempre en los fenómenos sociales, no existe en las tradiciones estatales el unanimismo consensual, sino que se presenta el saludable disenso

en el uso de los conceptos. En algunos casos, la utilización de un concepto diferente está sustentado teóricamente, como en el caso de Adorno, Mills y Bourdieu, pero en muchos otros casos la utilización de otra expresión se hace sin sustentación teórica y, algunas veces, de manera inexplicable.

Para nosotros, desde una concepción teórica que nos ubica en las perspectivas de las ciencias sociales, en tanto que le damos el énfasis al fenómeno social buscando la regularidad estructural, podemos señalar que la tendencia general es a utilizar las expresiones de una manera no conceptual, encubriendo o, sobre todo, desconociendo las cosmovisiones y concepciones teóricas que sustentan a cada uno de ellas. El reconocimiento de esta tendencia mayoritaria no significa que nuestro planteamiento inicial sea invalidado; por el contrario, esperamos que los posibles lectores de este análisis tomen conciencia, si no la tenían ya, de la cuestión conceptual y la necesidad de explicitar claramente cada uno de los conceptos que utilizamos en el análisis y síntesis de la realidad social.

Bibliografía

- Adorno, T. W. (2001). *Epistemología y ciencias sociales*. Gómez, V. (Trad.), Madrid: Frónesis, Cátedra, Universitat de Valencia.
- Anderson, P. (2005). *La pensée tiède. Un regard critique sur la culture française*. Nora, P. Réponse. *La pensée réchauffée*. Versión francesa del texto: W. O. Desmond. Paris: Seuil.
- Aróstegui, J. (1995). *La investigación histórica: teoría y método*. Barcelona: Crítica.
- Audren, F. (2006). Explorer les mondes de la science sociale en France. En: *Revue d'histoire des sciences humaines [RHSH]: "Naissances de la science sociale, 1750-1855"*. Noviembre (15), 3-14.
- Bedeschi, G. (Dir.), (1997). *Enciclopedia delle scienze sociali* (8 v.). Roma: Istituto della enciclopedia italiana.
- Berthelot, J. M. (Dir.), (2001). *Épistémologie des sciences sociales*. Paris: Quadrige-PUF.
- _____ (2006). Épistémologie des sciences humaines. En: S. Mesure y P. Savidan (Dir.). *Dictionnaire des sciences humaines*, 378-382. Paris: Quadrige-PUF.
- Blanckaert, C. et al. (1999). *L'histoire des sciences de l'homme. Trajectoire, enjeux et questions vives*. Paris: L'Harmattan.

- Bourdieu, P. (1997). *Les usages sociaux de la science. Pour une sociologie clinique du champ scientifique*. Collection Sciences en questions. Paris: INRA (Institut National de la Recherche Agronomique).
- _____ (1975). Editorial. En: *Actes de la recherche en sciences sociales* 1 (1), 2-3.
- Calhoun, C. (2004). Les transformations institutionnelles des sciences sociales américaines. En: J. Heilbron; R. Lenoir y G. Sapiro. *Pour une histoire des sciences sociales. Hommage à Pierre Bourdieu*, 263- 322. Paris: Fayard.
- Camacho, A. (Ed.), (2004). *Artesanos y disciplinas. Hacer ciencias humanas en Colombia*. Bogotá: CESO, Uniandes.
- Cañas, J. A. y Fernández, J. (1994). *Metodología de las ciencias sociales*. Córdoba (España): Universidad de Córdoba.
- Cerroni, U. (1977). *Introducción a la ciencia de la sociedad*. D. Bergadà (Trad.). Barcelona: Crítica.
- Chapey, J. L. (2006). De la science de l'homme aux sciences humaines: enjeux politiques d'une configuration de savoir (1770-1808). En: *RHSH*, (15), 43-68.
- Chaunu, P. (1974). *Histoire science sociale. La durée, l'espace et l'homme à l'époque moderne*. Paris: SEDES.
- Cohen, A.; Congost, R. y Luna, P. (Coords.), (2006). *Pierre Vilar: Une histoire totale, une histoire en construction*. Paris: Syllepse.
- Dortier, J. F. (1998). *Les sciences humaines. Panorama des connaissances*. Auxerre: Ed. Sciences humaines.
- _____ (Dir.), (2005). *Une histoire des sciences humaines*. Auxerre: Ed. Science humaines.
- Dubet, F. (2006). Société. En: S. Mesure y P. Savidan. *Dictionnaire des sciences humaines*, 1094-1097. Paris: Quadrige-PUF.
- Duverger, M. (1972). *Métodos de las ciencias sociales* (6°. Ed.). A. Sureda (Trad.), Barcelona: Ariel.
- Ferrater, J. (2001). *Diccionario de Filosofía* (4 v.). J. M. Torrecabras (Ed.). Barcelona: Ariel filosofía.
- Filloux, J. C. y Maisonneuve, J. (1991). *Anthologie des sciences de l'homme* (2 v.) Paris: Dunod.

- Foucault, M. (1966). *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*. Paris: Tel Gallimard.
- Garza, A. (2005). *Manual de técnicas de investigación para estudiantes de ciencias sociales* (6°. Ed.). México: El Colegio de México.
- González, P. (Coord.), (2002). *Ciencias sociales: algunos conceptos básicos* (2°. Ed.). México: Siglo XXI Editores.
- Guilhaumou, J. (2006). Sieyès et le non-dit de la sociologie: du mot à la chose. En: *RHSH* (15), 117-134.
- Habermas, J. (2001). *La lógica de las ciencias sociales* (3°. Ed.). M. Jiménez (Trad.), Madrid: Tecnos.
- Heilbron, J. (2006). *Naissance de la sociologie*. P. Dirx (Trad.). Marsella: Agone.
- Heilbron, J.; Lenoir, R. y Sapiro, G. (2004). *Pour une histoire des sciences sociales. Hommage à Pierre Bourdieu*. Paris: Fayard.
- Hobsbawm, E. (1994). *Age of extremes. The short twentieth century. 1914-1991*. London: Michael Joseph.
- _____ (2001). *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. J. Romero (trad.). Barcelona: Crítica.
- _____ (1997). *Naciones y nacionalismo desde 1780* (2°. Ed.). J. Beltrán (Trad.). Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. y Ranger, T. (Eds.), (2002). *La invención de la tradición*. O. Rodríguez (Trad.). Barcelona: Crítica.
- ICFES-ASCUN (1996). *Módulos de investigación social* (7 v.). Bogotá: ICFES.
- Jiménez, A. y Torres, A. (Comps.), (2004). *La práctica investigativa en ciencias sociales*. Bogotá: UPN.
- Lalande, A. (1988). *Vocabulaire technique et critique de la philosophie* (16°. Ed.). Paris: PUF.
- Leal, F. y Rey, G. (Eds.), (2000). *Discurso y razón. Una historia de las ciencias sociales en Colombia*. Bogotá: Uniandes-Tercer Mundo.
- Lécuyer, B. P. y Matalon, B. (Dirs.), (1992). Les débuts des sciences de l'homme. En: *Communications*. Enero-junio (54).

- Mardones, J. M. (2005). *Filosofía de las ciencias humanas y sociales*. México: Editorial Coyoacán.
- _____ (2007). *Filosofía de las ciencias humanas y sociales: materiales para una fundamentación*. Barcelona: Anthropos.
- Mazon, B. (1988). *Aux origines de l'École des hautes études en sciences sociales. Le rôle du mécénat américain. (1920-1960)*. Paris: les Éditions du Cerf.
- Melo, J. O. (2000). Medio siglo de historia colombiana: notas para un relato inicial. En: F. Leal y G. Rey (Eds.). *Discurso y razón. Una historia de las ciencias sociales en Colombia*, 153-177. Bogotá: Uniandes-Tercer Mundo.
- Mesure, S. y Savidan, P. (Dirs.), (2006). *Dictionnaire des sciences humaines*. Paris: Quadrige-PUF.
- Mills, C. W. (1970). *De hombres sociales y movimientos políticos* (2°. Ed.). I. Horowitz (Comp.), M. Torner (Trad.). México: Siglo XXI Editores.
- Morfaux, L. M. (1980-1999). *Vocabulaire de la philosophie et des sciences humaines*. Paris: Armand Colin.
- Nadeau, R. (1999). *Vocabulaire technique et analytique de l'épistémologie*. Paris: PUF.
- Nogué, J. y Rufí, J. V. (2001). *Geopolítica, identidad y globalización*. Barcelona: Ariel, geografía.
- Ortega, J. (2000). *Los horizontes de la geografía. Teoría de la geografía*. Barcelona: Ariel, geografía.
- Ortiz, L. C. (2006). Les apports théoriques, conceptuels et pratiques de Pierre Vilar aux processus d'enseignement et d'apprentissage de la discipline historique. En: A. Cohen; R. Congost y P. Luna (Coords.). *Pierre Vilar: Une histoire totale, une histoire en construction*, 189-205. Paris: Syllepse.
- Pardinas, F. (1959). *Metodología y técnicas de investigación en ciencias sociales. Introducción elemental*. México: Siglo XXI Editores.
- Pelus-Kaplan, M. L. (Dir.), (2006). *Unité et globalité de l'homme. Des humanités aux sciences humaines*. Paris: Syllepses.
- Quivy, R. y Campenhoudt, L. V. (1999). *Manual de investigación en ciencias sociales*. N. Corres (Trad.), 4° reimpresión. México: Limusa-Noriega.
- Reyes, R. (Ed.), (1998-2004). *Las ciencias sociales en España. Historia inmediata, crítica y perspectivas*. Madrid: Editorial Complutense.

- Rossi, P. (1997). Scienze sociali. En: Bedeschi (Dir.). *Enciclopedia delle scienze sociali*. VII, 662-677.
- Sánchez, R. (2004). *Enseñar a investigar. Una didáctica nueva de la investigación en ciencias sociales y humanas*. 2º reimpresión. México: CESU UNAM-Plaza y Valdés.
- Schaff, A. (1998). *Historia y verdad*. México: Grijalbo.
- Seligman, R. A. (Ed.), (1953). *Encyclopedia of the Social Sciences* (15 v.). New York: McMillan Co.
- Sills, D. L. (Ed.), (1968). *International Encyclopedia of the Social Sciences*. New York: McMillan Co. The Free Press.
- Smith, R. (1997). *The Fontana History of the Human Science*. Londres: Fontana.
- _____ (1999). Pour l'histoire des sciences humaines. La perspective anglaise. En: C. Blanckaert et al. *L'histoire des sciences de l'homme. Trajectoire, enjeux et questions vives*, 79-105. Paris: L'Harmattan.
- _____ (2006). L'histoire des sciences humaines. En: M. L. Pelus-Kaplan (Dir.), (2006). *Unité et globalité de l'homme. Des humanités aux sciences humaines*, 15-31. Paris: Syllepses.
- Spurk, J. (2001). *Critique de la raison sociale. L'École de Francfort et sa théorie de la société*. Quebec-Paris: Presse de l'Université Laval-Syllepses.
- Thinès, G. y Lempereur, A. (1984). *Dictionnaire général des sciences humaines* (2º. Ed.). Paris: CIACO.
- UNESCO (2002). *Les sciences sociales dans le monde*. Paris: Unesco-Maison des sciences de l'homme.
- Urquijo, M. J. et al. (2002). *Investigar en ciencias humanas: retos y perspectivas*. Cali: Universidad del Valle.
- Ursúa, N. (2004). *Filosofía crítica de las ciencias humanas y sociales: historia, metodología y fundamentación científica*. México: Editorial Coyoacán.
- _____ (2006). *Introducción a la filosofía de las ciencias humanas y sociales*. México: Editorial Coyoacán.
- Vega, R. (2007). *Un mundo incierto, un mundo para aprender y enseñar. Las transformaciones mundiales y su incidencia en la enseñanza de las ciencias sociales*. (2 v.). Bogotá: UPN.

- Vidal, F. (1999). La 'science de l'homme': désirs d'unité et juxtaposition encyclopédiques. En: C. Blanckaert et al. *L'histoire des sciences de l'homme. Trajectoire, enjeux et questions vives*, 61-77. Paris: L'Harmattan.
- Vilar, P. (1997). *Pensar históricamente. Reflexiones y recuerdos*. R. Congost (Ed.). Barcelona: Crítica.
- Wallerstein, I. (Coord.), (2003). *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales* (7°. Ed.). S. Mas-trángelo (Trad.). México: Siglo XXI Editores.